



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU

XXXVI.

Conspiración.

Era por la tarde; los objetos estaban cubiertos con esa semi-oscuridad crepuscular que, en los países meridionales es al momento reemplazada por la noche; el *Ave María* acababa de sonar.

Algunas personas se marchaban lentamente del muelle para ir á la Alameda.

La noche cerraba con rapidez admirable, apenas dos amantes se abrian podido reconocer.

Dos caballeros se encontraron cerca del embarcadero y aunque les fuese físicamente imposible verse recíprocamente sus facciones, se detuvieron casi al mismo tiempo.

— ¿Sois vos, Valero? preguntó el que venia de la parte de la ciudad.

— Yo soy, don Estévan; no habeis tardado en venir á la cita que os he dado el otro día en la taberna.

— Tres días, respondió el joven conde con aire sombrío.

— Y bien, prosiguió Valero, bajando la voz de miedo de ser oido, porque los familiares de la inquisición se deslizaban por todas partes como fantasmas invisibles; y bien, querido amigo, ¿habeis conseguido lo que creiais? ¿y el gobernador?...

— El gobernador será quemado dentro de ocho días, sino logramos libertarle.

— ¡Ah! os lo habia dicho, el rey es el primer criado de la inquisición; mejor hubiese valido, para el inquisidor, la protección de un gardoño que la del emperador.

— ¡Oh! ¡Valero! ¡Valero! dijo Estévan con rabia, ¡si supieseis que ínicua es el alma de Pedro Arbues!

— Le conozco mejor que vos, respondió el anciano;

mas no lo mudareis; ¿y se trata de buscar los medios de libertar al gobernador de Sevilla?

— Vos me habeis prometido ayudarme, Valero; hablad, ¿qué es preciso hacer? yo estoy pronto a todo.

— ¡Á todo! ¿estais bien decidido, don Estévan?

— ¡Á todo! os lo juro, respondió el joven conde, exasperado en extremo por la abominable doblez del inquisidor.

— Escuchad, don Rodrigo; mi padre era miembro del consejo de Castilla, y ha constantemente luchado por la libertad y prosperidad de la España. Un profundo olvido de su hijo ha sido la recompensa de sus servicios. No se han dignado aún acordarse de que el conde de Vargas ha dejado un heredero de su nombre; más no es eso lo que promueve mi colera, yo hago poco aprecio de los vanos honores de la tierra y desprecio el favor de la corte. No es pues esto el objeto de mi odio contra ese poder bárbaro de la inquisición que dicta todos los decretos del poder real, y tiene, por decirlo así, en tutela al vencedor del mundo. ¡Tengo otros muchos motivos de aborrecer! Era el amigo íntimo del gobernador de Sevilla, el más noble corazón de toda España; era el futuro esposo de su hija á quien adoro; ellos han mutilado al padre y preso á Dolores. ¿Qué sabemos? Pedro Arbues acaso, ó alguno de esos indignos frailes, se habran atrevido con ella á abominables violencias. Yo me he presentado como testigo del gobernador; pero como habian acusado á un inocente, y era preciso hallar un crimen, han rehusado mi declaración, y uniendo el menosprecio y el insulto á la injusticia, me han echado en cara mi noble origen como una mancha. Hecho en fin el viaje á Madrid para implorar la justicia de Carlos V, y el emperador me ha dictado una carta para el inquisidor, en la cual le prevenia que no condenasse al conde de Ceballos. El inquisidor ha menospreciado esta carta, nos despidió sin hacer justicia.

— ¡Os lo he dicho muy bien, mi pobre Estévan!

— ¡Oh! veis, don Rodrigo, todas esas iniquidades exasperan el animo; llenan el alma de hiel y de odio; se aprende á detestar la humanidad entera, que produce esos monstruos.

— No hay otros monstruos que los inquisidores, dijo Valero; á los inquisidores es pues preciso destruir.

— ¿Como es posible?

— Escuchad, joven, no sois el único en España cuyo

corazón haya sido ulcerado por la injusticia y la persecución; miles de víctimas tan cruel y tan injustamente perseguidas como vos, guardan en el fondo de su alma un odio sordo y continuo que no requiere más que una chispa para inflamarse. La inquisición ha llenado la España de viudas, de ancianos sin hijos, y de huerfanza! El pueblo, descontento y oprimido, comienza á comprender que no necesita más que querer para romper su yugo; la luz, venida de lejos, ilumina ya los espíritus con un lejano pero vivo reflejo, el pueblo está pronto, no le faltan mas que jefes. Seamoslo nosotros. Otros dos jóvenes que conceis partirán con nosotros esta gloria: don Jimeno de Herrera y don Carlos.

— ¡El yerno del conde Mondejar! interrumpió vivamente Estévan.

— Debía serlo, respondió Valero; pero las cosas han variado de algunos días á esta parte y los sentimientos de don Carlos tambien; ahora es más enemigo de la inquisición que él estaba antes enamorado de la hija del conde de Mondejar.

— Desconfío de esas conversiones repentinas, objetó Estévan.

— Os equivocais, esa es sincera, ó más bien la lealtad natural del joven don Carlos se ha rebelado con las condiciones puestas á su matrimonio, y ha querido mejor renunciar á doña Isabel que ser infame por obtenerla.

— Eso es diferente, dijo Vargas, y le estimo tanto como le despreciaba.

— ¡Pues bien! prosiguió Valero, seamos pues los jefes de una conspiración contra el inquisidor Arbues, contra el verdugo de Sevilla.

— ¿Qué quereis decir?

— Quiero decir, continuó Valero, que es tiempo ya de que la España salga de su letargo; que se libre de un monstruo que devora sus más puros hijos....

— ¿En fin, á donde quereis llegar?

— ¿No me comprendéis? el auto de fé se acerca; desde ahora, organicemos un ejército de hombres libres, como la inquisición á su ejército de familiares; vos, don Jimeno, don Carlos y yo, seremos los gefes. Tenemos ya muchos afiliados. Yo me encargo de sublevar el pueblo, el día del auto de fé, cuando la procesión esté reunida en la plaza de Sevilla, durante que se lee la sentencia á los

condenados, daremos la primer señal echandonos sobre los inquisidores, el pueblo hará lo demás, y libraremos las víctimas.

— ¡Gracias, Valero! dijo Estévan estrechando vivamente la mano del anciano; ¡gracias! me indicais una idea que hace tiempo abrigo.

— El inquisido muerto, prosiguió don Rodrigo, lo demás será facil.

— ¡Muerto! ¿decis? ¿quereis matar el inquisidor?

— La muerte de un infame es una justicia, replicó Valero.

— ¡Don Rodrigo! dijo Estévan, con esa condición, no soy de los vuestros.

— ¿Por qué no? contestó el anciano; ¿Pedro Arbues no va á inmolar innumerables víctimas? ¿Si se le mata por salvarlas, es un tan gran crimen?

— Su crimen al menos está revestido de formas judiciales, replicó Estévan; el nuestro seria un asesinato, yo no puedo consentir.

— Lo hay más que este medio, dijo el sombrío Valero.

— Si somos superiores en fuerzas, dijo Estévan, ¿no podemos arrancarles los presos y apoderarnos del inquisidor sin atentar á su vida?

— La serpiente que se deja vivir acaba un día ú otro por morderos, contestó Valero.

— La sangre mancha al que la derrama, replicó Estévan, cuyo valor caballeresco no comprendia el verter sangre sino en el campo de batalla ó en legitima defensa.

« Indicad otro medio, don Rodrigo, no puedo aceptar el que me proponeis.

— Mas, prosiguió Valero, los familiares y los esbirros son en gran número; no podemos contar con ser bastantes en número para arrebatat los presos y el inquisidor mismo sin una gran pérdida de gente, entonces nuestra tentativa no habrá servido de nada; en tanto que si se consiguiese matar á Arbues, se habrá libertado á la España de un monstruo que diezma la Andalucía.

— Un monstruo que seria muy pronto reemplazado por otro, respondió Estévan. Creedme, Valero, no basta cortar una rama para arrancar un árbol. Cuando hayamos muerto á Pedro Arbues, ¿habremos destruido la inquisición? Para abatir ese coloso formidable, es preciso socabar lentamente el suelo en donde debe sepultarse un día; pero esa gloria no nos está reservada, creedme. Ss

trata de librar al gobernador de Sevilla. Salvemos á Manuel Argoso sin atentar á la vida de nadie.

— No seremos jamás bastante numerosos para eso, dijo Valero.

— Lo seremos más de lo que pensais; ¿sois rico, don Rodrigo?

— Como un hidalgo que ha tenido siempre más orgullo que rentas, respondió el anciano. Mi juventud ha sido muy disipadora; y si no fuese de noche, no me habriais hecho esa pregunta, añadió aludiendo á la sencillez más que descuidada de sus ropas.

— Pues bien, tengo la fortuna de serlo yo, dijo el joven Vargas, y con dinero todo se consigue. Dejadme hacer, Valero, yo os proporcionaré más brazos de los que son precisos para esto.

— ¡Oh! lo comprendo, dijo Valero, os dirigireis sin duda á esa maldita sociedad de la Garduña que desola el país con sus robos y asesinatos; mas, amigo, esas gentes están vendidas á la inquisición.

— Esas gentes estan por quien les paga, y puedo responderos de que no reusaran la propuesta. Dejadme, pues, obrar, y no manchemos con sangre esta eroica insurrección contra los verdugos de nuestra patria.

Con esta conversación, se habian ido acercando á una casa de bastante bella apariencia. Por las ventanas del balcon se veia luz, Rodrigo llamó á la puerta.

— ¿Qué haceis? preguntó Estévan.

— Entrad en mi casa, respondió Valero, ó más bien, en la de mi amigo don Jimeno de Herrera, que me dá asilo en su casa, porque yo no tengo, come se dice, casa ni hogar. Seguidme, don Estévan, hablaremos los tres de nuestro proyecto.

Habian abierto la puerta. Estévan y Valero subieron hasta el primer piso, en donde estaba situada la habitación del joven aragones. Don Jimeno estaba solo. Pareció algun tanto sorprendido al ver á Estévan.

— Don Jimeno, dijo el anciano, tenemos por fin un digno cómplice de nuestra santa liga contra los opresores; don Estévan de Vargas es de los nuestros. Jimeno tendió la mano al joven conde.

— Seamos pues amigos, dijo; unamos nuestros corazones y voluntades para esta causa santa.

— ¿Habeis avisado á don Carlos? preguntó Rodrigo.

— Don Carlos no está libre, respondió tristemente don

Jimeno; ha sido preso el día del santo y puesto en los calabozos de la inquisición.

— ¡Otra víctima! dijo Rodrigo; y ¿como lo habeis sabido? añadió.

— La joven Isabel á quien adora, á pesar de la devoción fanática que han procurado inspirarle desde su niñez, quemaria de buena gana á todos los inquisidores por librar al que ella ama.

— Tres jefes bastaran, dijo Estévan; y con el auxilio de los de quien he hablado ahora poco á don Rodrigo.

— ¿Que auxilio? preguntó don Jimeno de Herrera.

Estévan explicó entonces á don Jimeno lo que esperaba de la Garduña, y porque medio la haria obrar.

— Me repugna, añadió, recurrir á tales gentes, mas, creedme, señores, no desdenéis este medio; si estas gentes no estuviesen en nuestro favor, lo estarian en contra, y Dios sabe lo que resultaria de nuestra impresa.

— ¿Lo conoceis? preguntó don Jimeno sonriéndose ligeramente.

— No os burleis, don Jimeno; desgraciadas circunstancias me han puesto en caso de emplearlo. Han librado ya una vez á Dolores de las manos de la inquisición; por desgracia su amor filial la ha perdido.

— Sí, sí, lo sé, dijo el joven aragones; la he visto la tarde en que sin duda ha sido presea.

— ¡Pues bien! señores, esas gentes pueden ayudarme por segunda vez. Me encargo de verlos á atraerlo á mi proyecto.

— Yo me encargo de exaltar las masas, dijo Valero (1).

(1) Rodrigo de Valero es un personaje histórico al cual el autor ha conservado su verdadero carácter. Solo este personaje no ha vivido en Sevilla. Rodrigo de Valero era un señor aragones, contemporaneo de Carlos V y de Juan de Avila. Durante su juventud su conducta fué muy desarreglada; pero cambió de pronto, y Rodrigo de Valero se entregó con ardor al estudio de las santas escrituras. De relajado que era, se hizo uno de los más celosos apóstoles del luteranismo, y llevó la audacia á tal punto que en cualquiera parte en donde hallaba frailes y sacerdotes, los apostrofaba y reconvenia por haberse separado de las puras doctrinas del Evangelio. Felizmente la inquisición le tuvo por loco y no le persiguió. Por mucho tiempo, aprovechandose de esta creencia de la inquisición, predicaba en las calles y en las plazas en donde el pueblo gustaba de oírle, y se reunia para escucharle; pero la inquisición acabó por cansarse de sus sermones, le hizo prender y le condenó, como herético, apostata y falso apóstol, á una prisión perpetua y pérdida de todos sus bienes....

Valero estaba muy miserable y desaseadamente vestido, pero formó

— Yo, de dirigirlas, añadió don Jimeno.

— Yo, queria la muerte del inquisidor, repitió Valero; era justo que fuese castigado; pero don Estévan hace como vos, don Jimeno, no quiere que se vierta sangre.

— Acaso demás la habrá, dieron al mismo tiempo los dos jóvenes.

— Es tarde, contestó Estévan; es preciso que os deje para ocuparme en preparar los medios.

— ¿Adónde nos volveremos á ver? preguntó don Jimeno.

— En el barrio de Triana, respondió Estévan, en el lugar en donde los garduños tienen sus reuniones secretas; unas ruinas aisladas al extremo del arrabal. Id allí mañana antes de las doce de la noche, es la hora de los nocturnos conciliabulos de la Garduña.

— Sea, dijo Valero. Hasta mañana.

— ¿Estais á lo menos bien seguro de esas gentes? preguntó don Jimeno.

— Como de mi mismo, respondió Estévan; un garduño no vende jamás al que le ha dado dinero. Adios, señores: no olvideis nuestra cita.

Estévan salió.

Pronto veremos cual fué el resultado de sus pasos para con la Garduña.

numerosos discípulos, entre los cuales el más notable fué el doctor Egidio, hombre de una conducta ejemplar y costumbres muy puras, elocuente predicador y sabio teólogo. Egidio fué al momento preso por la inquisición y condenado á hacer penitencia como sospechoso de luteranismo. Algun tiempo después, el emperador Carlos V le nombró obispo de Tortosa; nombramiento que le valió las persecuciones de los frailes y el odio del santo oficio. Este prendió de nuevo á Egidio; el emperador, que le apreciaba mucho, tomó su defensa, y escribió muchas veces en su favor al inquisidor Valdes, que le puso en fin en libertad. Egidio murió poco después de haber sido puesto en libertad. (*Historia de la Inquisición*.)

XXXVII.

Dos cenobitas.

A poca distancia de Sevilla, hácia la casa del apóstol, se veía una especie de caverna ó cueva, abierta en la roca viva al pié de una colina cubierta, cuya cima frondosa caía sobre el rio. La entrada de esta gruta casi circular y á la altura de un hombre, parecia una corona de flores.

El interior de esa gruta, un poco húmeda, estaba tapizada de escolopendras y capilares, plantas sombrías, alimentadas en las hendiduras del granito, que caían en la gruta como guirnaldas de un verde lustroso. Era de noche. Las diez acababan de dar en el reloj de la catedral. En un extremo de esta gruta, un hombre y una mujer estaban sentados sobre una estera ordinaria de esparto de Valencia, que les servía á la vez de asiento y de cama. Hácia la entrada, al otro extremo, un fuego vivo de ramas de olivo iluminaba á los habitantes de esta extrana habitación, y servía al mismo tiempo para disipar la humedad de la gruta, un poco fría á pesar de la calor del clima y de la estación. La mujer, joven, bella y bien formada, estaba graciosamente sentada sobre la estera. El hombre, vestido con un simple calzon de tela y la camisa abierta por el pecho, estaba acostado en la estera, y su brazo izquierdo apoyado en las rodillas de su compañera, sostenía su cabeza. Este hombre guardaba un profundo silencio; su semblante rudo y lleno de energía, tenia una singular expresión de abatimiento y de tristeza; ni aún levantaba los ojos para su compañera, que le consideraba con una expresión profunda de amor y de melancolía.

Misterios de la inquisición.

La fisonomía, la actitud de estos dos personajes estaba perfectamente en armonía con la soledad melancólica de su morada. *Manofina* y su compañera, actuales poseedores de esta caverna, se habían casi hecho cenizas dejando de ser guardiños. El feroz *guapo* sufría en este momento la terrible reacción de su cambio absoluto de existencia. La inercia del alma y del cuerpo le abrumaba como un peso sobre esta fuerte y vigorosa naturaleza. El hombre físico dominaba mucho en un ser elevado de esta suerte para que pudiese contentarse con puro espiritualismo. Tenía bastante poesía, recititud, instinto, para que hubiese sido fácilmente seducido por el atractivo del bien y convertido por la sublime caridad del apóstol; pero era preciso á sus facultades energicas y poderosas el ejercicio activo y no la contemplación estática ó la resignación pasiva. *Manofina* habría soportado el mártirio, porque en el habría luchado y ejercido la fuerza moral á falta de la lucha física; pero, renunciar de pronto su vida aventurera y arriesgada, dejar el puñal enmohecerse en su vaina, y vivir eternamente en ociosidad y meditación, era superior á la fuerza del *guapo*. El amor mismo de la *serena* no bastaba ya á las necesidades de esta alma turbulenta y vagamunda. La atonía comenzaba á dominarle; *Manofina* tenía la calentura de la inacción. Algunos días más iba á volverse idiota ó loco, tanto imperio tiene la materia sobre el espíritu, cuando este no ha sido por mucho tiempo habituado á dominarla constantemente por un ejercicio continuo y luchas incansables.

La *serena*, más dulce, se había acostumbrado mejor á esta existencia negativa, el vacío del alma no podía existir para ella; era mujer, y amaba; así, aunque no participaba enteramente de los sentimientos del *guapo*, sufría por verle sufrir, y su ingeniosa ternura no tenía otro objeto, otra ocupación que consolarle. Viendo por más de una hora á *Manofina* inmovil, apoyado en sus rodillas, no le había dirigido la palabra. *Culebrina* pasó su mano delicada por la ruda y morena cabellera del *guapo*. *Manofina* se estremeció y levantó lentamente sus ojos tristes y sombríos hácia su compañera.

— ¿Que quieres, alma mía? le dijo.

— Querría verte feliz, respondió tristemente la *serena*.

El *guapo* se puso convulso como si le hubiesen aplicado la mano sobre una llaga; pero no respondió.

— ¡Oh! lo ves, *Manofina*, prosiguió la joven con una expresión profundamente apasionada, por más que quieras decir que me engaño, y te quieras mostrar feliz cuando hallamos antiguos camaradas, yo veo el fondo de tu alma; tu te fastidias, sufres, y este retiro, que te parecía tan dulce los primeros días, te parece hoy más triste que una prisión.

— ¡Oh! ¡ *Culebrina!* no me reconvengas, respondió el *guapo*, dulce como un corderillo á fuerza de amor. Yo hice todo lo que has querido, he obedecido al apóstol; ¡bien! á pesar mio, me sofoco y me parece por momentos que esta montaña que nos cubre va á desplomarse sobre nosotros. Lo ves, alma mía, hay algo en mí que yo no comprendo todavía bien, pobre ignorante como soy, y que sin embargo querría saberlo; porque esta vida se hace intolerable, y es tiempo de concluirla. Yo abia hecho un juramento al maestro de la Garduña, y habia jurado obedecerle toda mi vida; tu sabes si he sido sin embargo mucho tiempo fiel á mi promesa.

— ¡Oh! sí; eras el más valiente de nuestros hermanos, exclamó la *serena* con un fuego en sus ojos; el instinto de la gitana acababa de recobrase; ¡sí, la Garduña puede afirmar que jamás te reemplazará!

— ¡Y bien! prosiguió el *guapo*, el maestro me habia mandado oscurecer á don Estévan de Vargas...

— ¿Y que? dijo la *serena*.

— Esto no es reconvenirte lo que hago, continuó *Manofina*; pero tu me rogaste que no oscureciese á ese joven caballero, tu seguiste mis pasos para detener mi brazo y hablandar mi corazón; el apóstol vino luego... En fin, he faltado á mi juramento, he dejado vivir á don Estévan...

— Después, añadió el *guapo* con aire feroz, como un crimen arrastra siempre á otro crimen, he renegado de la Garduña, he abandonado mis hermanos... y ahora... ¡oh!... ahora, prosiguió con una oscura energía, yo que era siempre el primero en el peligro, paso mi vida tirado sobre la tierra como un perro; yo que vivía de la punta de mi puñal, vivo de la *melopía* de los frailes, y en fin de noche... sí, de noche, mientras duermes á mi lado, yo no puedo cerrar mis ojos; si el viento agita las ramás de los árboles, ¡me parece oír lamentos de agonía!... Cuando un rayo de luz traza en el aire una figura roja y sangrienta, creo ver un espectro que pasa por delante

de mí para desafiarme ó espantarme... y en fin... en fin... yo que tantas veces desprecie la muerte... tiemblo del grito de un grillo que se arrastra en su hoyo de tierra... me he vuelto cobarde como una gallina... tengo miedo...

Al proferir estas palabras, el *guapo* se pusiera pálido, un sudor copioso y frío cubría su frente tostada, y sus ojos tiernos y lánguidos expresaban un indecible sufrimiento.

La *serena* levantó en sus brazos la cabeza acalorada de *Manofina*, y apoyandola en su seno con adorable ternura, como una madre hubiese hecho con su hijo enfermo, le besó con dulzura en la frente, como si el contacto de sus labios hubiera tenido el poder de calmarle.

En efecto era un bálsamo consolador para el corazón del *guapo*; cerró dulcemente los ojos para no ver ya las fantasmas que le asediaban, y arrimó su cabeza al seno de la *serena* para comprimir los latidos rápidos de sus sienas.

— Amado mio, dijo la gitana, ¿por qué sufres así? y por qué te echas en cara como un crimen la más bella acción de tu vida?

— Temo que Dios me castigue por haber faltado al juramento hecho á la hermandad.

— El apóstol te ha dado la absolución, ¿qué temes?

— Es verdad, el apóstol es un santo, y no nos habrá engañado, dijo el *guapo* algo más tranquilo.

— No es el quien ha pedido á Dios que te diese la vida cuando estuviste malo, que todo el mundo se habia alejado de ti temiendo se les pegase la enfermedad?

— Solo tu, mi *Culebrina*, tu que has ido á buscar al apóstol para resuscitarme, tu no has tenido miedo de contraer la enfermedad.

— Yo, no tuve gran mérito en eso, dijo ella con un ligero movimiento de hombros; ¿qué habria sido de mí si hubieras muerto? Lo menos era caer mala y morir después de tí.

— ¡Oh! ¡veo que tu me amas! exclamó *Manofina* con una alegría mezclada de orgullo; conozco que siempre me has dicho la verdad.

— ¡Pobre hombre! dijo ella, te amo porque Dios lo quiere, y su voluntad ha sido tambien la que nos hizo abandonar la Garduña.

— ¿Lo crees así? dijo el bravo.

— El apóstol me lo ha dicho; yo creo todo lo que el apóstol dice, respondió con piedad la joven.

— Á caso tienes razón, *Culebrina*, contestó el *guapo* pensativo... ¡Oh! pero, prosiguió de pronto con una ligera tristeza, vivir sin hacer nada, sin correr aventuras, sin exponer la vida día y noche, sin que nadie te diga: ¡bien, bien hecho, *Manofina*! lo ves, alma mia, es para desesperarse. Aún, si yo pudiese salvar las víctimas de la inquisición, como decía el apóstol; batirme con los familiares del santo oficio; ; como la tarde en que hemos librado á esa joven señora!

— Era bien hecho, dijo la *serena*, el apóstol habia mandado salvarla.

— ¡Oh! á no ser por tí, prosiguió *Manofina*, cuyos ojos se animaban al recuerdo de ese combate nocturno, á no ser por tí, *Culebrina*, me habrian muerto; *Manofina* no habria vuelto á jugar el puñal de Albacete.

Expresándose así, el *guapo* acariciaba con complacencia el cabo de márfil de su puñal, cuya ancha hoja damasquina brillaba á la claridad del vacilante fuego.

— ¡Calmate, corazón mio! dijo la *serena*; está tranquilo, la guerra no se ha concluido; nosotros tendremos todavía más enemigos que combatir. Tu puñal no se llenará de hollin en ta oscuridad; ¡hay en Sevilla tantos pobres perseguidos por la inquisición!... No te acuerdas de que el apóstol nos ha recomendado salvarlas todas cuantas veces pudiesemos?

— ¿Mas en donde hallarlas? añadió *Manofina*; desde que he dejado la Garduña, mi cuchillo no ha salido de la vaina sino para cortar juncos del Guadalquivir, con que habes las esteras que nos sirven de cama.

— Tranquilízate, dijo tiernamente la *serena*, la ocasión vendrá, y pronto....

Y sonriéndose de la manera más dulce, mostraba dos órdenes de dientes blancos y brillantes como los de un niño.

En este momento, una ráfaga venida de afuera agitó vivamente la llama del hogar; las ramás delicadas y espesas que pendían á la entrada de la caberna como una tapicería bordada, se separaron con ruido prolongado.

— ¿Quien vá? gritó el *guapo* levantándose bruscamente y empuñando su puñal.

— ¿Tienes gana de oscurecerme, hermano? preguntó el nuevamente entrado con una voz clara y sonora.

— ¡Virgen del Carmen! exclamó la *serena*, ¡quien habria pensado que era Coco quien venia á visitarnos á esta hora!

- ¡Nos necesitais? añadió vivamente *Manoфина*.

- ¡Bien! ¡bien! *Manoфина*! exclamó el alguacil, siempre el mismo, valiente; no has perdido el valor, aunque te hayas vuelto ermitaño.

- ¡Ah! ¡Dios mio! suspiró el *guapo*, ¡cuanto tiempo hace que no habia oido eso!... Tu eres muy feliz, Coco, prosiguió; tu vas, vienes, trabajas, eres bueno para algo en fin, mientras yo....

La *serena* le puso suavemente la mano en la boca para impedirle de continuar; pero no era preciso tanto al alguacil para adivinar el estado moral del alma del *guapo*. La sutileza del talento ha nacido en Andalucia. Coco habia leído hasta la última sílaba lo que pasaba en el alma de su antiguo camarada.

- Bien, dijo para sí; se fastidia, es nuestro.

- ¡Que hay de nuevo por Sevilla? preguntó *Culebrina* tratando de cortar la conversación.

- ¡Oh! muchas cosas, respondió el alguacil con tono misterioso.

- Cuéntanos algo, exclamaron al mismo tiempo la *serena* y el *guapo*, alargando el cuello hácia él por un movimiento lleno de curiosidad.

- Paciencia, dijo el alguacil, eso es algo largo de contar.

- Y bien, dijo *Culebrina* recogiendo bajo sus piés su saya roja que flotaba por la estera, sientate aquí, Coco, y dinos lo que pasa.

- Sí, sientate, añadió *Manoфина* cuyos ojos brillaban de impaciencia; veamos, hermano Coco, ¿que se pasa?

Coco se sentó. La *serena* enrolló en sus dedos algunos agracejos que se divertía en desgranar en su mandil. *Manoфина* fijó en el alguacil sus dos grandes pupilas pardas como las del león del desierto.

- Debo decirte, *Manoфина*, comenzó el astuto Coco, que la sociedad de la Garduña no te ha reemplazado todavía.

- Lo creo, replicó vivamente la *serena*.... ¿es que le esperaba? prosiguió con una indecible vanidad mujeril y de amante.

- Dejale hablar, *Culebrina*, dijo el *guapo*.

- Decía pues, continuó el alguacil, que tu plaza esta todavía vacante en la Garduña.

- ¿Que más, veamos? dijo *Manoфина*.

- Sin embargo la sociedad no continua menos valiente, leal y fiel á los que la emplean.

- ¿Es una reconvencción que me diriges? murmuró sordamente el *guapo*.

- No, amigo mio, ¡Dios me libre de tal! queria solo decirte que las funciones de la Garduña son de día en día más importantes y que....

- ¡Y bien! ¿que me importa todo eso? interrumpió el *guapo*; sabes que yo no formo parte de ella.

- Es culpa tuya, dijo Coco.

- El apóstol me lo ha prohibido, replicó el amante de la *serena*.

- ¡Porque vienes á tentarle, Coco? dijo la *Culebrina* enfadada; eso no es de un buen hermano.

- Si me dejaseis hablar, refunfuñó el joven tabernero, no perderiais así el tiempo con palabras inútiles.

- ¡Y bien! habla, veamos, no diremos nada, escucharemos....

- Así me haceis perder el hilo de mi discurso; callaos pues de una vez.... ¿En que estaba? ¡Ah! ¡ya me acuerdo! La Garduña está más floreciente que nunca, los inquisidores la pagan para oscurecer los heréticos, los heréticos quieren pagarla para oscurecer.... no, para prender los inquisidores.

- ¿Como? dijo *Manoфина*, cuyas miradas se animaban con un fuego extraordinario á cada palabra del alguacil.

- ¡O amigos míos! si supieseis lo que pasa, prosiguió Coco: el gobernador de Sevilla va á ser quemado, su hija está presa por toda su vida.

- ¡Jesús mio! exclamó la *serena*, ¿y don Estévan que hace?

- ¡Chito! dijo Coco, poniendo un dedo en los labios y volviendo la cabeza á todas partes como si temiese ser oido; de ese no hay que hablar, porque le pondrian también en la cárcel, y....

- Estad tranquilo, se apresuró á decir *Culebrina*, aquí no hay familiares; no tenemos otros vecinos que los buitres y las culebras, y estos son menos temibles que los otros.

- ¡O amigos míos! continuó el tabernero, si supieseis lo que se prepara.

- ¿En fin te explicarás? dijo *Manoфина* con impaciencia.

- Voy, replicó Coco; don Estévan de Vargas, quiere á todo trance salvar á su suegro y su futura esposa; ha resuelto libertar al gobernador y doña Dolores el día del auto de fé, y prender los inquisidores.

- ¡Yo soy de ellos! exclamó *Manofina*.

- Espera, tu no podrias hacerlo solo; por eso es preciso que la sociedad de la Garduña, que está siempre dispuesta á batirse y vengar los inocentes, entre en parte del complot para obtener el éxito.

- Ya sabes que no pertenezco á la sociedad, objeto tristemente *Manofina*.

- Justamente por eso puedes servirnos, hermano, dijo Coco, viendo que habia conseguido la mayor parte de su comisión y que *Manofina* era suyo.

- Explicate, hermano.

- Ya te dije que el maestre no ha podido reemplazarte y que él siente mucho tu separación. Pues, nosotros necesitamos el auxilio del maestre para llevar á cabo nuestra empresa. Á ti te toca pues, *Manofina*, ir á buscarle; tu siempre has sido su favorito, no se negará á entrar en el complot, si tu le prometes ser de él tambien; por que, con la esperanza de verte á llevar á la sociedad, hará todo lo que quieras.

- Si le doy esa esperanza, le engañaré, respondió el *guapo* violentamente combatido por sus instintos batalladores, su amor decidido por los peligros y la promesa dada al apóstol.

- No necesitas engañarle, replicó el alguacil; si forma una esperanza vana, tanto peor para él; tu no estás obligado á cumplir lo que no has prometido. Además, añadió, don Estévan es muy rico, y creo que la recompensa que estoy autorizado á ofrecer en su nombre á la cofradía vale la pena de que se le sirva. Vamos, amigo, prepárate á seguirme, es la hora; vamos á buscar al maestre, y despachemos, el auto de fé está señalado para dentro de ocho días, no hay tiempo que perder para disponer las cosas. Á ello y partamos.

El que hubiese podido en este momento observar el rostro del *guapo* habria sido aterrado del inmenso poema de emociones que se desarrollaban en su alma á medida que hablaba el alguacil. Todas las fuerzas vitales de este hombre enérgico, por tanto tiempo inactivas, se habian despertado á la vez. Su corazón había saltado en su ancho pecho como un leon desencadenado, y la cuartana del entusiasmo, la exaltación del valor largo tiempo comprimido, daban á esta mala cara una grandiosa expresión. Se podia igualmente leer en ella su soberano menosprecio por el peligro y un profundo fanatismo religioso. El mo-

mento era en fin llegado de ejecutar las órdenes del apóstol, del que miraba como el enviado de Dios. Iba por fin á combatir por la justicia; á combatir contra los opresores en favor de los oprimidos, y dando toda la extensión á sus facultades y á sus gustos más íntimos, á ganar el paraíso de Jesucristo, ¡el paraíso!... ese ensueño de los pobres y desvalidos....

El *guapo* habia permanecido un momento anonadado bajo el peso de tantas sensaciones diversas, abrumado con la inmensa felicidad que se le presentaba. La *serena* le consideraba ansiosa y turbada, esperando la decisión soberana de su dueño y señor.

En fin, *Manofina* se levantó, dió un salto como un toro feroz, y ciñendose á la cintura su faja encarnada que sostenia su puñal, exclamó con voz atronadora:

- ¡Marchemos!

La *serena*, más ligera que un gamo, estaba ya de pié á su lado.

- ¿A donde vas? preguntó el alguacil.

- Con vosotros, replicó con altivez la *serena*; ¿habria buena fiesta sin mi?

- Sin duda, dijo el *guapo* estrechándola con ternura contra su pecho; es que no andamos el uno sin el otro.

Los tres salieron de la caverna.

hombres estaban de pié detrás del macizo, y hablaban en voz baja. El *guapo* iba demasiado preocupado para parar su atención en ellos.

Coco hizo que no los veía, y la *serena* no se inquietaba por nada en este momento sino del baile; ya entreveía las cabezas de las bailarinas cubiertas de cintas de diversos colores, flotando á su grado según el compas como banderas, y según todas las ondulaciones que les imprimía á su vez la pasión ó el capricho.

¡Oh! es que era verdaderamente una bella función, el baile de candil, el más animado y más alegre que se había visto hácia tiempo en Sevilla. No obstante, á pesar de su impaciencia, cuando hubieron llegado cerca de la puerta, el *guapo* y la *serena* se detuvieron: un sentimiento más fuerte que su deseo, el pudor y el orgullo, si puede llamarse así, les detuvo en el dintel de esta habitación, que habían voluntariamente abandonado; dudaron....

— ¡Y bien! ¡vamos! dijo el alguacil.

— Entra tu, dijo *Manofina* á su compañera.

— Tu, Coco, dijo á su vez la *serena*; á ti te toca introducirnos.

— ¡Oh! no andaré con tantos cumplimientos, respondió el tabernero tomando la mano de la *serena* con una galantería muy andaluza; entra pues conmigo, *Culebrina*, pues sola no te atreves.... Y tu, *Manofina*, añadió, si guenos, amigo, vas á ver si somos bien recibidos. Al mismo tiempo, Coco acabó de abrir del todo la puerta, y entró con un aire triunfante en medio de la reunión. *Manofina*, reanimado, le siguió á poca distancia.

— ¡Dios os guarde, señores! dijo el alguacil quitándose cortesemente el sombrero.

Á esta aparición inesperada, un grito de sorpresa se oyó en la sala, y la concurrencia, tan atenta al baile un instante antes, se reunió, curiosa y ávida de saber porque motivo el *guapo* y su compañera volvían entre ellos. Apenas habían puesto el pié en el palacio, que la vista perspícaz de *Mandamiento*, á la que nada se ocultaba, los había reconocido. Él estaba sin embargo al extremo de la sala, tranquilo, paternal, vigilando con una gravedad llena de honradez los placeres de sus hijos; porque en tanto que el maestro era severo y despótico para hacer ejecutar sus órdenes, tanto sabía, por una indulgencia calculada y concesiones aparentes, subyugar y tener contentos á los que dominaba á su antojo. *Mandamiento*

XXXVIII.

El baile de candil.

A medida que se aproximaba al palacio de la Garduña, *Manofina* levantaba la cabeza; sus narices se dilataban y husmeaba el aire como habría hecho un caballo árabe al reconocer la tienda de su señor. La *serena* misma no se libró de ese ligero gozo que se prueba á la vista de los lugares largo tiempo amados, y que no se creía volver á ver. La noche era serena, templada y oscura; la luna, en su plenitud, hacía tiempo que había desaparecido en el horizonte. Era una noche deliciosa para amantes ó conspiradores. Cuando iban á pasar el primer recinto de murallas que cerraba el palacio, se detuvieron por algunos minutos, admirados y absortos á la vez del espectáculo que se ofrecía á sus ojos. Una gran masa de luz se escapaba por la puerta mitad abierta, y se oía dentro el rasguear de una guitarra, acompañada de una mala voz de hombre y el ruido del pandero.

— ¡Que alegres están! dijo la *serena* con un suspiro.

— ¿Que santo es hoy? preguntó *Manofina*.

— Acaso la conclusión de una novena, respondió Coco.

— Entremos, dijo la *serena* cuyos piés impacientes se removían por sí mismos en cadencia al compás de esta música conocida.

La *serena* era la mejor bailarina de fandango en Sevilla; cantaba además la caña de una manera que hacía perder el juicio á un anacoreta. Apresuraron el paso, y al pasar por delante de un macizo de enebros y lilas, entraron en la oscuridad tres hombres de los cuales no podían reconocer las facciones ni el traje. Estos tres

habría hecho un rey muy popular si, en esta época, la soberanía no hubiese sido una cosa sagrada que no podía transmitirse más que por herencia y á la cual nadie pensaba en tocar.

La *serena* marchaba timidamente con los ojos bajos. Una brillante luz inundaba la sala. Cada columna sostenía dos grandes antorchas de resina cuya mecha inflamada se elevaba en rayos rojizos y abundantes, lanzando á veces hácia el techo embovedado chispas y torbellinos de humo. En el suelo, todo al rededor de las columnas, se habian tendido una multitud de esteras de esparto de Valencia. Cada mujer tenia la suya que le servia de asiento, y así de cucullas, servia de apoyo á un hombre sentado en tierra, que apoyaba el codo en sus rodillas como en el brazo de un sillón.

La reunión estaba así dispuesta en una doble fila de hombres y mujeres; era de un aspecto raro y pintoresco. El centro del círculo formado por las personas sentadas era ocupado por los que bailaban.

El fandango lascivo, poema de amor lentamente desarrollado en una pantomina expresiva, era entonces, como, hoy, la danza favorita de los andaluces, las más deliciosas de sus diversiones; ¡que debia ser para garduños, gente sin freno y sin miramiento, naturalezas febriles y apasionadas, raza del desierto todavía muy cercana de su origen para haberle olvidado!

Una loca embriaguez presidia esta fiesta. Los más graciosos *chivatos* de la sociedad se pavoneaban y hacian lo sobresaliente de aquella con su elegante traje de majos, la mano puesta con altivez en la cadera, la cabeza erguida, anunciandose á veinte pasos por el ruido de sus botones de plata, y tendiendo el pié al andar para mostrar con más ventaja sus piernas bien formadas y nerviosas. Las jóvenes clamaban ó coqueteaban, provocando con la voz, los gestos y miradas, á los majos más elegantes. Las *coberteras* hablaban entre sí murmurando de las jóvenes, y mirando al soslayo á los jóvenes.

Sin embargo, como hemos dicho, la aparición de *Manofina* y de *Culebrina* habia producido tal sensación, que el baile se suspendió un momento y todas las cabezas se volvieron hácia ellos. Á fin de no perturbar á los que bailaban, la *serena* dió la vuelta para ganar el extremo de la sala; pero el maestro no le dió tiempo; vino á encontraria con tanta galanteria como se podía

haber hecho con un hidalgo, y mirando con una graciosa sonrisa, le dijo:

— ¡Que santo del cielo te ha inspirado la bella idea de visitarnos, hija mia? seas bien venida.... y *Manofina* también, añadió alargando al *guapo* su mano ancha y callosa.

Manofina, algo confuso, dió, no sin alguna repugnancia, su mano al maestro; le parecia que era casi comprometerse con él, y era lo que no queria. Á esta benéfica acogida del maestro á los ex-garduños, sucedió una demostración general de aprobación. Todos los garduños pequeños y grandes se acercaron á sus antiguos camaradas y todo fueron abrazos y aplausos.

Algunas *serenas*, nuevamente insertas, miraron con algo de celos á esta bella y graciosa *Culebrina*, que no tenia rival en Sevilla. Pero bien pronto una de ellas, volviéndose á una *cobertera* de las más antiguas, le dijo con una risa de triunfo y satisfacción.

— Mirad a esa, que no tiene moño nuevo en la cabeza; su saya de lana está ajada como si no hubiese tenido otra desde que ha nacido, y sus zapatos de lana se le caen de los talones como si quisiesen escaparse.

— Se puso amarilla como el azafran desde que nos ha dejado, respondió la vieja; y el momento es mal elegido para presentarse vestida de esa manera en tan buena compañía. He ahí lo que tiene hacerse los altivos y abandonar la cofradía. Ella era, á fé mia, más linda cuando la hácia la corte el grueso prior de los mercenarios, que *Manofina* ha bautizado también sobre el ojo izquierdo.

— Callate, vieja maldita, dijo *Garabato*, que en este momento se hallaba cerca de la *cobertera*; *Culebrina* es siempre la joven más hermosa de Sevilla; ella parece mejor en zagalejo que las demás con perlas y cintas. La opinión de *Garabato* era generalmente seguida por todos los hombres, y los que lo decian lo demostraban bastante con sus miradas y obsequios. Por su parte, *Mandamiento* no trataba de disimular su gozo. Condujo la *serena* á una estera que estaba desocupada al extremo superior de la sala, y después de haber hecho sentar á la compañera del *guapo*:

— Diviertete, hija mia, le dijo, voy á hablar un poco con mi hermano *Manofina*.

Al decir esto, *Mandamiento* tomó la mano del *guapo* y haciendo seña á Coco que les siguiese, les condujo á poco distancia del círculo en un rincón aislado.

Después de estar solo con ellos les dijo:

— Supongo, hijos míos, que la presencia de *Manofina* aquí, no es sin motivo, y deseo cuanto antes saberlo. ¡Acaso nuestro amado *Manofina* se halla en alguna situación peligrosa que reclama nuestro socorro! Aunque no haga ya parte de nuestra honrada cofradía, y que ninguna obligación tengamos para con él como hermanos, estamos siempre dispuestos, como amigos y camaradas, á darle auxilio todas las veces que se pueda... sin contra-venir á las reglas de nuestra honrosa cofradía.

— Hermano *Mandamiento*, se apresuró á responder Coco, no se trata en este momento de venir á socorrer á *Manofina*, se trata por lo contrario de hacerle consentir el darnos el suyo. *Mandamiento* hizo un movimiento de sorpresa.

— Tengo que proponerte una operación... y de las más graves, prosiguió Coco; ese es el motivo porque he venido con *Manofina*. Escuchame ahora, la cosa vale la pena.

— Habla, dijo el maestro cada vez más sorprendido.

— Hay en Sevilla, continuó el alguacil, un joven caballero muy rico que te necesita.

— ¡Por Dios vivo! exclamó *Mandamiento*, estoy siempre pronto á servir á los caballeros jóvenes que tienen mucho dinero.

— Ese caballero te dará mucho. En revancha, he aquí lo que hay que hacer.

— ¿Oscurecer á su rival? interrumpió el maestro.

— Algo mejor que eso, en verdad, dijo el alguacil; una expedición cual jamás ha hecho otra igual la cofradía.

— ¡Por la Virgen del Pilar! exclamó el maestro, lo que me dices comienza á alarmarme. ¿De que se trata pues? explicate.

Coco miró á todas partes con aire misterioso: nadie podía oírles. Estaban á más de quince pasos del círculo en que bailaban. Sin embargo, por exceso de prudencia, el alguacil llevó á *Mandamiento* y el *guapo* hasta la columna más distante, luego, inclinándose hácia el maestro le dijo en voz baja:

— Es preciso ayudarnos á libertar al gobernador de Sevilla el día del auto de fe.

— ¿Como?

— Apoderandose del grande inquisidor que tendreis preso. Dos días serán bastantes para que don Estévan

puede ganar el primer puerto de España y embarcarse para otro país.

— Hermano, respondió el maestro, ¿has pensado bien en lo que pides? ¿Sabes tu que semejante empresa nos hácia perder la vida?

— Por doscientos mil reales, añadió vivamente el tabernero; es la suma que don Estévan de Vargas ofrece daros en recompensa.

— ¡Doscientos mil reales, dijo *Mandamiento* deslumbrado por la enormidad de la suma, doscientos mil reales por...

— Por coger al señor Arbues y tenerle preso por dos días en las cuevas de la Garduña, se apresuró á decir Coco.

— Sí, repitió el maestro, y después que el señor Arbues esté libre, nes hará quemar como heréticos. ¿Me tomas pues por un niño, Coco? Oscurecerlo, en buen hora, los muertos no pueden hacer mal; pero prenderle, no, no, yo no cojo más que á las juvenes.

— Su señoría no quiere que se le oscurezca.

— Su señoría es candida como una paloma; sin el beneplácito de *Manofina* y las órdenes de... pero basta, me entiendo.... Si don Estévan está todavía vivo no es por culpa del inquisidor.

— ¡Oh! á mi nada me interesa la vida del inquisidor, dijo Coco; pero si hablas á don Estévan de oscurecerle, no consentirá jamás, y el gobernador de Sevilla será quemado.

— Eso es bueno, muy bueno, será discreto, dijo *Mandamiento* con una risa de demonio.

« ¡Doscientos mil reales! decía para sí, por tener el placer de dar de puñaladas á ese maldito inquisidor que me tiene un odio, y nada me hace hacer ya desde que no maté á don Estévan. ¡Doscientos mil reales! es un magnífico salario.... Además, reemplazarán seguramente al señor Arbues, eso no será difícil y el nuevo inquisidor, que no tendrá ninguna queja de mí, nos hará ciertamente trabajar.... Todo es pues provechoso para la cofradía en este asunto.

Tales fueron las rápidas reflexiones del maestro de la Garduña, pero, como hábil diplomático, tuvo buen cuidado de no manifestar nada, á los con quien trataba. Dirigiéndose á Coco, que esperaba su respuesta, le dijo:

— ¿Y *Manofina* consentiría en ser de esta expedición?

— Sin duda, respondió vivamente el *guapo*.

— Tu te has convencido ya de que la Garduña es

una buena madre, ¿y quieres volver á ella? preguntó insidiosamente el capataz.

— Maestre, yo no dije eso, replicó *Manofina*; esa expedición me agrada; quiero ayudaros en ella, si teneis gusto en eso, y la *serena* tambien, añadió con orgullo. Vos sabeis, maestre, que la *serena* vale tanto como un *guapo* por su valor y su audacia.

— Entiendo, dijo *Mandamiento* abriendo sus anchos párpados bajo los cuales sus ojos verdes brillaban como los de un chacal; entiendo, la *serena* y tu estais prontos á tomar parte en esta operación á causa de la recompensa prometida.

— Maestre, contestó *Manofina* un tanto picado, jamás he rehusado un salario honrosamente ganado; más si esta vez, juzgais conveniente no darnos nada, poco me importa, yo partiré de muy buena voluntad los peligros de esta expedición sin exigir recompensa, puesto que pensais que no tenemos derecho á ella, no siendo miembros de la cofradía.

— ¿Y por que no lo sois? continuó *Mandamiento*, porque esta era á lo que queria venir.

— No me tienta, maestre, dijo *Manofina*; lo hecho, hecho, no volveré jamás á ella. Solo, dime si aceptas mi cooperación y la de *Culebrina*; eso es todo lo que te pido. En este caso, me devolverás por un día mi autoridad de *guapo*, me darás una tropa que mandar, y está tranquilo, yo me encargo del resto.

— ¡Y bien! dijo Coco, ¿está convenido, maestre? ¿puedo traer aqui á don Estévan y sus amigos para que trateis juntos y dispongais lo que se ha de hacer?

— Puedes, respondió *Mandamiento*, encantado de la resolución de *Manofina* á pesar de sus restricciones, por que esperaba aún conseguir el traerlo de nuevo; luego, dirigiéndose al *guapo*:

— Mira, hijo mio, le dijo, si la cofradía y yo conservamos amistad hácia tí, no hemos todavía hallado ninguno de nuestros más valientes postulantes digno de sucederte, y tu plaza está aún vacante en la Garduña. Vuelvela á ocupar ese día de la expedición proyectada, y que Dios te inspire luego, hijo mio, ojala que tomes una buena y sabia resolución.

— Yo, dijo Coco, corro á advertir á don Estévan; es preciso que todo se arregle esta noche.

— Vé, dijo *Mandamiento*, nada es más favorable á



una operación de esta especie que el tumulto de una fiesta. ¿Y tu, *Manolina*, añadió no vas á bailar un fandango con tu linda *Culebrina*?

— Sí ciertamente, dijo el *guapo*. Y *Manolina* fué á tomar la *serena* para conducirla al corro de los bailarines.

A pesar de la pobreza de su traje, todo el mundo se acercó para ver bailar la *serena*, era tan bella y tan linda, tan seductora y tan melancólica, que era imposible verla sin amarla, y luego, ¡bailaba tan bien!

Durante este tiempo, Coco había salido del palacio y dirigidose hácia el macizo de enebros, en donde tres hombres hablaban juntos. El alguacil se adelantó hácia ellos haciendo á expreso ruido. Estévan lo conoció.

— ¿Y bien? le preguntó.

— Todo está pronto, caballero; el maestre de la *Garuña* hará todo lo que querais.

— Os lo había dicho, dijo Estévan volviéndose á sus compañeros, don Rodrigo de Valero y don Jimeno de Herrera; ahora, seguros estamos de lograrlo.

— Don Estévan, contestó el anciano, habeis creído útil uniros á esos gitanos, sea; pero, amigo mio, no comprendéis la mitad de vuestra fuerza; si yo tuviese vuestra edad, y fuese tan bello como vos, y si me llamase don Estévan de Vargas, querria, con mi sola palabra, hacer levantar como un solo hombre al pueblo de Sevilla y trastornar la España.

— Don Rodrigo, respondió Estévan, vos hablais en este momento como un muchacho; dejadme pues hablar á mi ahora como un viejo.

« Vos me concedéis una grande fuerza de fascinación, sea, quiero creer que la poseo, y que podria finalmente, gracias al recuerdo de mi padro todavía vivo en el corazón de los españoles, revolucionar á Sevilla contra los inquisidores. Suponiendo que fuese así, ¿que bien resultaría á España? ¿de que serviria esto? de hacer perecer miles de ombres sin mejorar la suerte de los que quedaban. Sabeis, Valero, que para quebrantar para siempre el yugo de la inquisición, seria preciso que la España toda se reuniese en un acuerdo unánime de sentimientos y de voluntad. Las insurrecciones parciales producen la guerra civil, empobrecen, destruyen un país, mas no lo cambian: son sangrias reiteradas en un cuerpo robusto, le hacen respirar un día para arruinarle al fin. La ciencia, la filosofía, son las únicas que podran regenerar la España y

XXXIX.

Un complot.

No quedaban más en el palacio de la Garduña que el maestro, el alguacil, *Manolina*, su compañera y los tres caballeros. Algunas hachas se apagaban lentamente, la sala inmensa se ponía sombría y la noche avanzada daba todavía más solemnidad á esta reunión misteriosa. Eran las dos de la mañana.

El maestro abrió entonces un grande baul de encina, colocado en uno de los ángulos de la sala, sacó de el un registro de pergamino amarillo y grasiento, un tintero de plomo lleno de tinta, y gruesa pluma de águila malamente cortada: luego cerró el baul que le servía á la vez de armario y de mesa, y después de haber dispuesto sobre la tapa los diversos objetos que habia sacado, fué hácia la puerta para cerciorarse de que estaba bien cerrada.

La sierra de la cerradura no estaba sin duda bien cerrada en su lugar, porque, en el momento en que *Mandamiento* iba con su mano vigorosa á empujar esta tosca masa de roble para cerrarla enteramente, se abrió como de suyo, y un nuevo personaje entró en el palacio de la Garduña. Era José.

Advertido por Coco, habia ido á esta reunión. Á la vista del joven dominico, Estévan dió un grito de rabia, y volviéndose hácia el alguacil, le dijo con voz ronca:

— ¡Tu me has vendido, miserable!

El alguacil no se turbó, y respondió con tono tranquilo:

— No, señor, yo no os he vendido. Habia tal expresión de verdad en la fisonomía de Coco, que Estévan

quedó dudoso. Al mismo tiempo *Mandamiento*, ignorando el motivo de esta visita nocturna, recibia al dominico con todo el respeto debido al favorito del grande inquisidor.

— ¿Qué desea su reverencia? preguntó en fin el maestro un poco alarmado.

— Hablar á estos tres caballeros, respondió José.

Mandamiento arqueó las cejas.

— ¿Qué quiere este fraile? preguntó muy bajo Valero á Estévan.

— Vamos á saberlo, respondió el conde.

Al decir esto se adelantó hácia el joven religioso, José le alargó amigablemente la mano. Estévan no la tomó; pero mirando al joven dominico á la cara, le dijo:

— No era bastante haberme engañado; quereis además perderme, ¿no es cierto?

— No os he engañado, respondió José con tono dulce y triste; vengo á consolaros y ayudaros.

— ¿Pero Dolores? prosiguió Estévan cuyos celos se despertaban intensa y cruelmente en presencia de el de quien sospechaba; ¡Dolores! ¿qué habeis hecho de ella?

— Dolores os será devuelta sana y salva, continuó el dominico.

— Sí, porque la libtaré yo, exclamó Estévan con impetuosidad; vuestras perfidias no me seducen ya, don José, y si yo quisiese en este momento, prosiguió con amargura, si yo quisiese.... Lo veis, don José, habeis sido imprudente.... estamos aquí cinco contra vos, y estos hombres son en mi favor.

— La prueba de que no os temo, respondió José, es que he venido, y que he venido solo. Si yo os hubiese vendido, porque os buscaría? ¿que necesidad tenia de vos? Creedme, Estévan, no desconozcais á vuestro verdaderos amigos; su socorro os es necesario, y os lo ofrecen con toda la necesidad de su alma.

— ¡Cielo santo! exclamó de pronto Rodrigo, es el joven religioso que me ha salvado el otro día del furor de sus cofrades. ¡Reverencia! continuó acercándose á José, permitidme que os dé gracias por el socorro que me habeis dado hace dos días en la taberna de la *Buena ventura*. He recobrado toda mi razón, añadió, y he de probaroslo, padre mio.

— La razón no consiste en decir cosas sensatas, respondió friamente José, sino en decirlas en su tiempo y

lugar; cuando se siembra sobre la piedra, los pájaros comen el grano, y no produce nada al que ha sembrado. Vuestras declamaciones os harán quemar vivo, creedme.

— No se atreverán, replicó Valero; la inquisición me cree loco.

— La inquisición podría muy bien por último, creer que sois un loco peligroso, y trataros como trata á los sabios.

— ¡Y bien! exclamó Valero, ¿que me importa? el mártirio es una gloria.

Por la segunda vez después que conocia á José, Estévan era vencido por esa simplicidad tan verdadera, por ese encanto de atracción que respiraba en todas las facciones del joven religioso. Le tendió la mano á su vez con un aire franco y amistoso, José la tomó y la estrechó con afecto, diciéndole con su voz dulce y encantadora:

— Seamos amigos, creedme... amigos hasta la muerte... lo merezco... Algun día, José os será acaso muy querido.

Estévan dudaba todavía, un recelo cruel le dominaba.

— Don José, dijo en fin después de algunos momentos de vacilación, una cosa sola; si quereis convencerme, volvedme á Dolores y su padre, y os creeré.

— Pensais, dijo José, que el santo oficio vuelve tan facilmente sus víctimas?

— No, mas José, el favorito del inquisidor, hace lo que quiere en el santo oficio.

— José puede mucho, respondió el favorito, pero no puede volveros un hombre al que se han quebrantado y quemado los miembros.

— ¿Qué decis? preguntó vivamente Estévan.

— Digo que Manuel Argoso ha sufrido ayer el tormento del fuego y el del agua; yo digo que es imposible que yo le salve pues no puede andar.

— ¡Mas Dolores! ¡Dolores! exclamó el desgraciado joven con una ansiedad mortal.

— Estad tranquilo por ella, Dolores no ha sufrido ningún tormento y yo la libtaré. Si después del auto de fé no la hallais en casa de Juana, hacedme lo que querais, don Estévan!... Yo no soy un adversario muy temible, añadió con ese acento profundo de tristeza que parecia hacer el fondo de su carácter.

— ¿Jurais devolverme á Dolores? preguntó Estévan.

— El juramento ha sido inventado por los malvados, respondió José; yo no juro, yo os lo prometo.

— ¡Señores! exclamó el joven Vargas, á la obra, y convengamos en los medios. Se trata de libtar á don Manuel Argoso ó perecer. He aquí un auxilio que el cielo nos envía, añadió designando á José.

— ¡Un fraile! dijo el áspero Valero; ¿para que puede servir en una conspiración?

— Yo confieso todos los días, respondió José.

— ¡Bien! ¡bien! dijo Valero, yo olvidaba que combatis en las tinieblas (!).

— Dios cambia el mal en bien, respondió José.

— ¿Estais loco? dijo muy bajo don Jimeno á Estévan; ¿quereis entregaros á este inquisidor?

— Dios cambia el mal en bien, repitió Estévan; ¡y bien! ha complacido á Dios cambiar este inquisidor en una buena y complaciente criatura que nos servirá con todo su poder.... Estad pues tranquilo, don Jimeno, y no temais nada. Veamos, maestro, prosiguió volviéndose hácia *Mandamiento*, que esperaba en un rincon el resultado de este conciliabulo, estais pronto á poner á mi disposición todas vuestras fuerzas?

— Señor, eso depende, respondió el maestro; nuestras fuerzas pueden ser más ó menos cansiderables según la exigencia de los que mandan y el salario ofrecido á la cofradía.

— No se habla de salario, pagaré con generosidad.

— Nuestro hermano Coco ha hablado, creo, de doscientos mil reales, añadió *Mandamiento*.

— ¿No es bastante, maestro? ¿no podeis con esa suma poner en campaña tres ó cuatrocientas personas?

— ¿Á donde quereis que las halle? observó por lo bajo don Jimeno.

— Hallaria veinte mil en caso necesario, repuso José.

— ¡Y bien! maestro, ¿puede hacerse? dijo Estévan.

(!) De todos los medios que el clero y los frailes de España han empleado contra los franceses durante la guerra de la independencia, el más seguro ha sido siempre la confesión.... el confesionario ha constantemente sido, para los sacerdotes y para los frailes, una arma perñida, un medio de excitar las pasiones del pueblo. En nuestros días los confesorios son todavía lo que se opone más al progreso de la razón y de las luces. ▲ un sermón, un escrito, un discurso, se puede contextar con otro sermón, con otro escrito y otro discurso... Mas con que se responden á todas las tenebrosas insinuaciones que se elaboran y esparcen con tanta profusión en los quinientos mil confesorios de la Europa....

El maestro reflexionó algunos instantes; en fin respondió:

— Se puede, señor caballero; pero es preciso añadir veinte mil reales para los gastos de viaje, porque tendré que hacer venir hermanos de los pueblos vecinos.

— ¡Yo doy los veinte mil reales! dijo don Jimeno de Herrera.

— En ese caso, dijo *Mandamiento*, ¿vuestras señorías quieren hacerme esa promesa por escrito? Yo, voy á hacerlo del pedido en el registro de la cofradía.

— No hay inconveniente, dijo Estévan.

El maestro tomó entonces en su registro una hoja de pergamino y presentando la pluma á don Estévan:

— Escribid, caballero, le dijo:

Estévan escribió:

« Yo, Estévan. conde de Vargas, me obligo y prometo pagar á Mandamiento, maestro de la cofradía de la Garduña, la suma de doscientos veinte mil reales, al otro día del auto de fé real que tendrá lugar el cuatro de junio del presente año. — Hecho en Sevilla, el 27 de mayo del año 1534.

« ESTÉVAN CONDE DE VARGAS. »

Y más abajo, don Jimeno escribió;

« Yo me obligo y prometo pagar la dicha suma al señor Mandamiento, á falta de don Estévan de Vargas, al otro día indicado.

« JIMENO DE HERRERA. »

— No sabemos lo que puede suceder, dijo á Estévan, permitid que yo sea el que os afiance.

— Eso basta, señores. Ahora, me toca á mí poner la nota de vuestra petición, continuó el maestro:

Y escribió en su registro:

« Petición hecha á la cofradía de la Garduña por el señor don Estévan de Vargas, el 27 de mayo de 1534.

« 1º disponer en favor del dicho señor de cuatrocientas personas de la Garduña, tanto postulantes y chivatos como guapos, coberteras y serenas que, todos

en su genero, son igualmente útiles á la cofradía y concurren á su prosperidad;

2º disponerles el día del auto de fé proximo, de manera que puedan oscurecer al grande inquisidor.... »

— Borrada; yo no he dicho eso, interrumpió Estévan; le cojereis solamente: nada de muertes, señor *Mandamiento*.

— ¡No, ciertamente! dijo á su vez José, tu le cojeras, entiendes, y le conducirás á las cuevas subterráneas del palacio. Guardate de matarle, al menos, añadió con animación.

— Borrada, borrada la palabra oscurecer, dijo Estévan, El maestro fingió borrar la palabra oscurecer con la pluma sin tinta; habia tenido cuidado de limpiarla en su ropa sin que lo viesen. Volvió á leer:

« Disponerle de manera de poder prender al grande inquisidor y libertar á su señoría el antiguo gobernador de Sevilla, injustamente condenado por el inquisidor. Y después de haberle libertado, conducir el gobernador á la Garduña para entregarlo á don Estévan de Vargas. »

— O á mí, interrumpió José.

— ¿Es su señoría quien manda? dijo el maestro.

— Sí, sí, dijo Estévan, escribid; ó á su señoría don José, limosnero de su Eminencia el grande inquisidor.

— ¿No es más de eso? continuó *Mandamiento*.

— Eso basta, en mi concepto, dijo Rodrigo; bien entendido, señor *Mandamiento*, que nada faltará por parte vuestra para el buen éxito de la empresa.

— ¿Caballero, respondió el capataz con un tono de gravedad, contais por nada nuestro honor y nuestra reputación, que se comprometerian por un golpe de esta naturaleza?

— Añadid, dijo José.

« Detener al grande inquisidor en las cuevas de la Garduña, hasta que don José permita á Mandamiento ponerte en libertad. »

— Es inútil, respondió el maestro; cuando haya hecho del inquisidor lo que debo hacer, vuestra señoría dispondrá de él á su antojo.

— Yo me encargo de él, dijo *Manolina*, que, por respeto á la noble reunión, habia hasta entonces permanecido en silencio, como asimismo su compañera.

— Yo te daré instrucciones sobre eso, dijo *Mandamiento*, guiñando un ojo.

— ¡Bien! ¡bien! maestre, vuestras ordenes serán obedecidas.

— El día del auto de fé, añadió don Jimeno, nos hallaremos con nuestros amigos en las avenidas de la plaza.

— Mis garduños nada tienen que hacer con vos, dijo *Mandamiento*; creedme, señores, no os mezeleis con ellos. Se trata de libertar al gobernador, ¿no es eso? yo me encargo de ello; mis *guapos* y yo haremos todo.

— Sin embargo, dijo Estévan, si se trabase una batalla, preciso sería que pudiesemos avudaros.

— Es inútil, señores, preparar solo al pueblo, no para que nos ayude, sino para que nos deje obrar, eso basta.

— Una revolución general habria salvado todas las víctimas, dijo Valero.

— ¡Ah! este garduño acaso dice la verdad, contestó Vargas suspirando, acaso deberemos dejarles obrar.

— Sí, dice bien, repuso José, una rebelión abierta solo serviria en este momento para aumentar las crueldades de la inquisición y acrecentar el numero de las víctimas. Creedme, las precauciones están tomadas para defenderse en caso necesario, numerosas tropas están dispuestas, y no ese el día de lanzar ese pobre pueblo, que, siempre es la víctima, en una insurrección. Se trata de salvar al gobernador; valgamos de la astucia y no de la audacia, no es este el momento. ¿Os olvidais de que el emperador Carlos V debe asistir al auto de fé, y que una milicia numerosa lo acompaña?

— Don José tiene razón, añadió don Jimeno de Herrera, una rebelión en este día se tomaria por una conspiración contra el rey y es á la inquisición á la que unicamente queremos atacar.

— ¡Pues bien! señores, ¿que resolvemos? preguntó Valero.

En este momento llamaron á la puerta de la sala. Todos se estremecieron. *Mandamiento*, sin turbarse, empujó una columna móvil que, dando vuelta sobre un eje, descubrió una abertura que daba á otra pieza muy poco iluminada; era el gabinete del capataz.

— Entrad todos aquí, dijo el maestre.

Obedecieron. *Mandamiento* volvió á colocar la columna en su puesto y se dirigió hácia la puerta. Era la *Chapa*.

Entró toda sofocada en la sala.

— ¿Qué sucede, *Chapica*? dijo el maestre; se te quema la casa?

— ¿A donde está mi hermano? preguntó toda tremula.

Mandamiento volvió á abrir el escondite.

— No temais, señores, dijo, no hay peligro; podeis salir. Todos volvieron á la sala.

— ¡Oh! señores, exclamó la *Chapa*, si supieseis la desgracia que acaba de suceder!

Y la gitana, sofocada por sus lágrimas, no podia hablar.

— ¿Cual? dijeron todos á la vez.

— ¡El apóstol! señores, el padre de Sevilla...

— ¡Bien! acaba.

— ¡Preso! ¡preso por la inquisición! prosiguió ella con una voz cortada por los sollozos.

— ¡Oh Dios vengador! exclamó Estévan.

— Le han preso al salir del sermón, continuó la hermana de Coco, bajo pretexto de que habia predicado herejias.

— ¡Y bien! ¡don Estévan, dijo Valero, mirad por el compasivo Pedro Arbues! ¡mirad por el rey que permite tales iniquidades!

— Don Rodrigo, ya nos vendrá la ocasión, respondió Estévan; la fuerza del hombre consiste en esperarla. Maestre, dijo á *Mandamiento*, obrareis solo con vuestros garduños, cogereis al inquisidor y á don Manuel Argoso.... Nosotros, señores, añadió, tratemos de preparar el pueblo; será fácil conseguirlo pues que nuestra causa es la suya.

— No os olvideis de asegurarnos de la persona de Pedro Arbues, dijo José.

— Esté tranquila vuestra Reverencia, respondió *Mandamiento*, su Eminencia no se escapará.

Dispuestas asi las cosas, lo tres cabelleros y José salieron juntos del palacio de la Garduña.

XL.

El sermón de las Calles.

Era el 4 de junio de 1534. Las cinco de la mañana acababan de dar. La población de Sevilla se había despertado más temprano que lo ordinario. Un gran acontecimiento tenía en suspenso á todas las almas. Era el día del auto de fé. Día festivo, solemne y sagrado, en el cual ninguno debía trabajar, sino orar. A esta hora, un tropel de jóvenes, llevando á su cabeza á don Rodrigo de Valero, recorrían las calles de Sevilla, hablando entre sí con aire misterioso, y deteniendo á veces á las gentes que al paso hallaban. Les hablaban algunos minutos; luego los gitanos alejándose con aire pensativo y preocupado, como si hubiesen recibido una importante y grave confianza. La fisonomía de los caballeros era sombría y preocupada; iban de dos en dos, se detenían á veces en círculo para comunicarse una nueva idea; luego proseguían su paseo y continuaban su propaganda popular, objeto único de esta excursión matutina.

Alguna cosa misteriosamente terrible como esas sordas convulsiones de la naturaleza que preceden al huracán, agitaba al pueblo de Sevilla. Este día siniestro estaba preñado de rebelión y de ruido. Profundamente exasperados por las insinuaciones de Valero, de Estévan y de sus amigos, seducidos hasta en el santo tribunal por la elocuencia insidiosa de José que, por su parte, había, así como lo había dicho Valero, trabajado en las tinieblas, el pueblo de Sevilla, casi todo compuesto de marranos, moriscos ó judíos, en apariencia convertidos, el pueblo esperaba con una cólera mal reprimida el día del auto de fé real. Cansado de las persecuciones que pesaban sobre

él, fatigado de su longanimidad que había servido solo para aumentar la audacia y la crueldad de sus opresores, estaba en el estado de desesperación en que la más ligera chispa bastaba para abrasarle, para hacerle terrible y furioso como la llama del incendio, contra los obstáculos que le irritaban. Tal había sido el resultado obtenido por el sagaz Valero. En este momento podía realizarse por él la predicción que había hecho algunos días antes al salir de la taberna:

« Ese pueblo hará ahora lo que yo quiera. »

Valero había sido ayudado en sus manejos por los jóvenes que le acompañaban en aquel momento, almas ardientes y fogosas, dominadas de esa grande y sublime cosa llamada libertad. Hija del cielo tantas veces mal comprendida, que el hombre no adora en muchas ocasiones más que un idolo hueco y pesado, obra imperfecta de sus propias manos. Más estos grandes corazones españoles no adoraban una vana palabra, una imagen falaz; la libertad, hija del cielo, era el objeto de sus deseos y sus votos; la libertad protectora y tolerante; esa virgen sublime, hermana de la caridad cristiana que cubre como ella á los pobres y los niños con los pliegues de su blanca túnica, que los alimenta, que los consuela, que les anima con su soplo divino sobre las alas del genio abatido y desanimado diciendoles: ¡Marchad! ¡marchad! aquí estoy para abriros el camino y sosteneros. Virgen celestial, amante de los grandes corazones de todas las edades, ella era la que reanimaba á esos fieros caballeros españoles que, por tan largo tiempo, luchaban contra el tigre inquisitorial; ¡sublimes figuras, tipos de nobleza, de valor y de fuerza, inmortalizados por el pincel de Murillo y de Velazquez!

— Animo, animo, amigos míos, decía Valero, lleguemos al fin; este día, á pesar de lo que diga don Estévan, será suficiente para la felicidad de España.

— ¡Ah! respondió Estévan, que no pueda yo hacer pasar al corazón del pueblo la convicción que me anima, y hacerle en este día, lo que será, yo lo espero, dentro de algunos siglos, ¡libre y feliz! Una sola cosa me aflige.... Ese pueblo, bueno, sencillo y crédulo, al cual se ha dicho: protejed hoy á los que van á salvar vuestro gobernador, ese pueblo cree, por este solo hecho, dar un gran paso hácia la libertad.... y no hace más que servir á un interés personal.

— Redoblar el oído del pueblo por sus opresores, dijo don Jimeno, es ya servirle; es prepararle para esa grande y general revolución que, tarde ó temprano, tendrá lugar contra un poder inicuo é inhumano. En el gran proceso de un pueblo contra sus opresores, toda causa particular está ligada con la causa comun.

Cuando se hallaban en esta conversación, se encontraron detenidos en la calle por una porción de frailes mendicantes medio ebrios. Estos frailes salían de una taberna en que habían pasado la noche. Muchos de ellos eran jóvenes, y sus semblantes cetrinos y lustrosos llevaban el sello de la gula perezosa y de las pasiones terrenales. ¿Porque habían de estar tristes? Todo el mundo trabajaba para ellos. Estos frailes eran de rostro moreno; su cuello fornido y su paso algo vacilante acusaban al vigor y la libertad de las razas del desierto, de que proceden los andaluces y valencianos. Ese tipo se ha conservado hasta el día; poned un albornoz á un fraile español, tendreis un beduino. Tenían vestidos toscos, manos toscas, y todo lo que se veía en su persona demostraba la falta completa de todo cuidado exterior. La expresión de sus ojos, á la vez audaz y ambigua, aterraba el pudor é inspiraba el terror. Su barba negra ó blanca parecía la de una cabra; además estaba toda llena de élaboro, polvo fino y rojo de que usaban entonces en lugar de tabaco, que no fue conocido hasta más tarde en tiempo de Catalina de Medicis, este polvo de élaboro se llama ahora tabaco de España. Los frailes españoles le usaban mucho.

Sin embargo sabían cubrir las apariencias, echando espeso y vasto velo de hipocresía sobre su infame alma. Aunque un poco ebrios, á medida que el aire fresco daba en sus rostros, recobraban toda su razón y tomaban la compostura propia de las circunstancias. Había mucha gente en las calles.

— Hermanos, dijo el de más edad de los frailes, hoy es el día del auto de fé, no podemos elegir mejor ocasión para propagar la santa fé católica. Detengamonos aquí, voy á exhortar al pueblo.

Al decir esto, el fraile designaba un guardacanton, colocado en una casa, y encima del cual había un nicho en el que la devota generosidad de los habitantes de ella había colocado una imagen de la Virgen, delante de la cual mantenía constantemente una lámpara. El fraile subió al guarda canton, hizo una gran señal de cruz, oró al

gunos instantes delante la imagen; luego, volviéndose hácia las personas que se habían agrupado á su alrededor, las bendijo y se preparó á comenzar su sermón.

En este momento Valero le interrumpió.

— ¡Fraile! le dijo, debías esperar á haber dormido para predicar, en lugar de venir aquí, después de una noche de orgias, á profanar la palabra de Dios. No sabes que todo lo que sale de labios impuros es impuro? El fraile miró con indecible cólera al que se atrevía á apostrofarle así.

— No hagais caso, reverendísimo, dijo uno de los otros frailes, es Valero el loco; el tiene derecho de insultar á todo el mundo. ¿Que haces tu aquí á esta hora? prosiguió dirigiéndose al anciano caballero.

— Vengo á ver como los escribas y los fariseos están sentados en la cátedra de Moises, replicó con severidad Valero.

— ¡Miserable loco! ¿callarás? exclamaron los frailes.

Valero continuó con tono profético mirando al pueblo, admirado de tanta audacia.

— Todo lo que os digan que observeis, observadlas y hacedlas; pero no sus obras; por que lo dicen y no lo hacen.

— ¿Callaras? repitió el predicador.

— Dejadle, dijo el pueblo, dejadle hablar.

Valero prosiguió sin desconcertarse.

— Ellos ligan juntos cargas insoportables, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero no quieren removerlas con sus manos.

— Hermanos míos, comenzó el predicador, en este día de glorificación para el Señor, en que la iglesia triunfante triunfa de las herejías que asolan la tierra...

— ¡Basiliscos! ¡raza de víboras! interrumpió Valero; vosotros haceis morir á los justos y los profetas, y la sangre de los justos y de los profetas caerá sobre vosotros!

Esta palabras enérgicas tomadas del Evangelio tuvieron un inmenso eco en el pueblo. Había pocas personas en esta reunión que no tuviesen en el corazón una llaga viva, que estas palabras removian hasta lo íntimo. Un sordo murmullo se dejó oír al rededor de los frailes, y si no se les silbó, fué porque en este momento una íntima tristeza se mezclaba con el menosprecio y cólera del pueblo; conocía la necesidad de vengarse, pero vengarse

grandemente, como lo hace á veces cuando se ha llenado la medida de su sufrimiento.

— Rodrigo Valero olvida las faltas de su vida pasada, dijo el predicador con sarcasmo.

— Rodrigo se ha arrepentido, y Dios le ha perdonado, replicó este: pero vosotros tenéis la conciencia del mal, y no obstante perseveráis en él. Cuidado! la cólera de Dios á veces se retarda, pero es segura; así ireis todos allí á donde hay lloros y crujidos de dientes.

— El vino y las mujeres jamás han hecho heréticos (1), dijeron los frailes en mal latin; el infierno es para los herejes.

— Id, les gritó Valero, depositarios infieles de la ley de Cristo, vosotros cuyo corazón está lleno de rapiña y de intemperancia; id á esquila las ovejas que el buen Pastor llevaba sobre sus hombros, para enriqueceros con sus despojos. Id, ¡vampiros! á chupar en la oscuridad la sangre de los que están rendidos del sueño.

— El loco es el más cuerdo de todos nosotros, dijeron algunos de los concurrentes.

— Estos frailes estan borrachos, añadieron otros; vamos de aquí.

El grupo de gitanos y gitanas que se habia formado al rededor del predicador se dispersó repentinamente por las calles inmediatas.

Los frailes, viendose privados de auditorio, se alejaron murmurando entre sí, y dirigiendo miradas de odio al que llamaban loco. El reloj de la catedral dió las ocho. Un gran ruido se dejó oír entre la multitud que llenaba las calles, el pueblo se dirigió hácia el palacio de la inquisición. Se veía un gran número de hombres que no se perdian de vista, aunque no demostraban en ello ninguna intención, solamente cambiaban entre sí miradas de inteligencia.

Algunos acercandose pronunciaban en voz baja estas dos palabras: *Dios y libertad*. Todas estas gentes eran del complot. Ellos se escurrian por entre los demás, ayudándose de los codos para abrirse paso; y cuando llegaron ante el palacio de la inquisición, habian conseguido hallarse á la cabeza de la multitud ávida y curiosa

(1) Maximas de los frailes durante las disputas del catolicismo y del protestantismo.

de estas lúgubres tragedias tantas veces renovadas, que se las miraba ya como una comedia.

La procesión salía en este momento del palacio de la inquisición. Los carboneros rompian la marcha. Eran en número de cien; cada uno de ellos armado de una pica y de un mosquete (1). En seguida iba una grande cruz blanca, insignia de los hijos de santo Domingo de Guzman, llevada por un religioso de la órden; luego los mismos dominicos, vestidos con sus largas tónicas y manteo. En el pecho, en medio del escapulario blanco, que cahia hasta los piés, brillaba una grande cruz blanca y negra (2); un largo rosario pendia de su cinto. Esta milicia sagrada era innumerable; los dominicos pululaban en España. Detrás marchaba el duque de Medinaceli. Llevaba, segun el privilegio concedido á su familia, el grande estandarte de la fé (3); era un estandarte de da-

(1) Los carboneros abrian la marcha. Los carboneros de las ciudades en que habia un tribunal inquisitorial tenian el derecho de formar parte del cortejo que seguia á las procesiones en el auto de fé, mas este derecho les imponia la obligación, ó por mejor decir no era más que un modo inquisitorial de adquirir la leña que el santo oficio empleaba para quemar los heréticos; los carboneros de todas las ciudades en que la inquisición habia establecido hogueras, debian dar gratis toda la leña necesaria para los autos de fé. Por esto debe conocer que la santa inquisición entendia bien sus intereses.

(2) El hábito de los dominicos, que muchas personas han confundido con el de los carmelitas y trinitarios, era como el de estas órdenes, es decir túnica y escapulario blanco, capillo y manteo negro. Los dominicos se distinguian además por la cruz que muchas de estas órdenes llevan en sus escapularios. Esta cruz es de paño blanco y rojo en los trinitarios; roja y blanca, es decir, el tronco rojo y los brazos blanco para los mercenarios, y blanca y negra para los dominicos; los carmelitas no llevaban cruz.

(3) No era bastante para la inquisición embrutecer al pueblo, reducirle á la mendicidad, hacer de él una manada de esclavos, no se contentaba con tan poco, todo lo hizo por hacerle infame. Para lograrlo, la inquisición comenzó por hablar y por obrar en nombre de Dios, luego exigió que cada ciudadano fuese un espía, pero los españoles rehusaron envilecerse hasta ese punto, mejor querian dejarse quemar como heréticos que aceptar el innoble papel de denunciador. Entonces la inquisición, siempre fecunda en expedientes cuando se trataba de hacer mal, halló el medio de ennoblecer y santificar la delación. Ella hizo conceder por los papas indulgencias á los que tuviesen la virtud de denunciar al santo oficio los enemigos de la fé; la indulgencia plenaria y aun el cielo, eran ofrecidos á cualquiera que fuese bastante buen cristiano para denunciar á su padre, su propio hijo, su mismo hermano y aun su esposa; además de las indulgencias que la inquisición obtuvo del papa para los denunciadores, pidió á los reyes, que no les rehusasen privilegios y honores para sus familiares. Así es que Carlos V eximió de toda carga congejil, y de todo servicio corporal, y en fin de todo tributo, á la persona que hubiese denunciado diez heréticos, moriscos, apóstatas ó judaizantes, ó que se alistase en la milicia de Cristo, es decir, como familiar. En fin, llegó un tiempo en que un grande señor habia sido considerado como sospechoso si no pertenecía

masco carmesí, en el cual se había bordado de un lado las armas de España, del otro una espada desnuda rodeada de una corona de laurel, con esta inscripción: *Justicia y misericordia*.

Después del noble duque, iban los grandes de España y los familiares defensores (1) de la inquisición. Estos últimos eran en grande número. El poder más inicuo tiene siempre numerosa clientela: ¡el terror y el interés personal son tan grandes vehículos! y el egoísmo es la lepra de la humanidad.

La multitud miraba en silencio desfilas el cortejo. Los frailes y los familiares marchaban humildemente cabeza baja, murmurando con los labios las sublimes oraciones de la iglesia de Cristo, vueltas banales é inexpressivas al salir de la boca impura de esos hombres de corazón de hielo. Ellos conocían á fondo el formulario de los devotos; ¡pero practicas de verdadera piedad ninguna!... eran para ellos letras oscuras, y no se inquietaban por aclararla. Á pesar de esto, el pueblo permanecía mudo y lleno de terror en presencia de estas pompas de la muerte. Muy pronto los condenados parecieron; eran en número de cincuenta. Marchaban todos mezclados, hombres y mujeres, ancianos y juvenes sin distinción de clase ni de sexo.

Á la cabeza iban colocadas las víctimas condenadas á ligeras penitencias: estas iban vestidas con un san Benito de tela, con una grande aspa de san Andres de paño amarillo sobre el pecho. La cabeza estaba cubierta, y sus

directa ó indirectamente á la inquisición; pues, perteneciendo á la inquisición, era el más seguro medio de conservar su fortuna. La inquisición llevó su audacia tan lejos, que pidió y obtuvo, para la casa de Medinaceli del papa Adriano, ex-inquisidor general de España, el honoroso título de porta estandarte de la fé, y el privilegio de llevar este estandarte siniestro en los autos de fé solemnes, es decir en los á que el rey se hacía el honor de asistir. La casa de Medinaceli era y aún es hoy la más próxima al trono; á falta de príncipes de la sangre, al primogénito de Medinaceli vendría la corona.

(1) Los familiares defensores eran para la inquisición lo que los agentes de policia son á la policia política; los familiares defensores, y el numero era infinito, correspondian bastante bien, en cuanto á las funciones que ejercian, á los espías de la policia secreta. Los soldados de Cristo, los archeros de la Santa Hermandad, y algunos grandes señores, que por fanatismo ó miedo eran defensores de la inquisición, constituian lo que el autor llama los familiares defensores. Venian en seguida los esbirros, que eran una especie de alguaciles. Los esbirros se ocupaban poco en denunciar á nadie, pero arrestaban sin consideración á los que la inquisición les mandaba prender. Los esbirros eran, como se vé, las gentes más honradas de todo el ejercito inquisitorial.

pies descalzos se magullaban en las asperezas del camino. La actitud de estos pobres infelices era triste y humillante; sentian que, aunque hubiesen escapado de la muerte, la inquisición, marcandoles con el dedo, les imponia una eterna infamia. No atreviendose á destruir su vida material, aniquilaba su vida moral; ¡y se llamaba á esto ligeras penitencias! (1). Detrás de las primeras víctimas, venian los condenados á galera, á los azotes y á la prisión (2).

Después de estos, marchaban los condenados á fuego que, gracias á una confesión tardia, habian obtenido el favor de la extrangulación. Llevaban un san Benito, el cual estaba pintado de diablos y llamas vueltas al revés. Su cabeza iba cubierta con una corona de tres pies de altura. Los que debian ser quemados vivos iban los últimos, su san Benito estaba tambien cubierto de figuras diabolicas, pero con llamas ascendientes. Llevaban igualmente la corona. Todos los condenados, fuera cual fuese, llevaba en la mano una vela de cera amarilla.

Los que estaban destinados á la muerte iban escoltados por dos familiares y dos religiosos. Estaban por lo general flacos, pálidos, lívidos; muchos de ellos no podian andar sino con ayuda de los religiosos y familiares que les llevaban más bien que les sostenian. Era una procesión de agonizantes que iban á la muerte. Entre estos, el desgraciado Manuel Argoso era en último. Quebrantados todos sus miembros, debilitado por el régimen del calabozo, por el tormento del agua, por consecuencia del cual muchos vasos se habian roto en su pecho y provocado vomitos de sangre, Manuel Argoso no andaba; sus

(1) El lector ya sabe que toda persona que era condenada á llevar un san Benito, quedaba para siempre inapta á todo empleo hábil y á toda función pública, y que esta inactividad se extendia á toda su posteridad!

(2) Los que la inquisición penitenciaba ligeramente y condenaba á llevar el san Benito, eran, después del auto de fé, conducidos á una casa ó convento en donde se pretendia instruirles, á fin de fortificar su fé, y algunos meses después se les devolvía la libertad, después de haberles hecho jurar sobre el Evangelio de no revelar jamás por escrito, de palabra, ni por medio de figuras lo que habian visto en lo interior de la inquisición. No era así con los infelices condenados á los azotes ó galeras. Los primeros permanecian á veces en la prisión del santo oficio, adonde morian; los últimos, eran olvidados generalmente en los presidios; aún, en estos, el san Benito que llevaban les hacía el objeto del menosprecio de sus compañeros de infortunio; porque ni un asesino, ni un falsario, ni un miserable que habrian merecido la horca, y que, gracias á la venalidad de un escribano, habia ido á galeras, se habria asociado ni ser pareja de un ensambentado.

piés, abrazados hasta los nervios, estaban imposibilitados de sostenerle. Era llevado por dos familiares. Dos frailes dominicos que le ayudaban también a marchar, le exortaban con una voz dulce para convertirle; pero el desgraciado conde de Ceballos, parecía haber perdido hasta el conocimiento de su existencia.

Su rostro terroso y lívido llevaba ya el color del sepulcro, y sus ojos tiernos, fijos, inexpresivos, tenían esa dirección oblicua que toman los de los moribundos, en el momento en que cercanos á dejar la tierra, vuelven acaso sus miradas hácia otra patria: ¿Quién puede sondear los misterios de la agonía y de la muerte, de esa lucha suprema entre la forma terrestre y el hombre inmaterial?

Á la vista de su antiguo gobernador, de ese hombre justo, dulce y caritativo que habían amado como un padre, las gentes del pueblo, naturalezas calorosas y sensibles como todo lo que es primitivo, se sintieron conmovidos y enternecidos hasta verter lágrimas; pero no se atrevían á demostrar claramente su compasión. Muchos bajaban la cabeza sobre sus manos juntas, como que rezaban para ocultar sus lágrimas involuntarias. En el momento que los condenados al fuego salieron de la prisión, los guardaños, confundidos entre la multitud, armados de su rosario de un largo muy edificante, y teniendo á su cabeza á *Mandamiento*, se colocaron en precisión á los dos lados de las víctimas, y siguieron devotamente el cortejo rezando con fervor. Dos *guapos* fuertes y robustos se mantuvieron cerca del gobernador, muchos *chivalos* marcharon delante y detrás de ellos rezando y dando todas las señales exteriores de la más profunda piedad. Un gran número de guardaños se habían mezclado entre las gentes del pueblo; estas, preparadas por Estévan y sus amigos, se prestaban á este complot misterioso: se separaban voluntariamente sin decir nada cada vez que un guardaño tenía necesidad de ir ó venir libremente según el puesto que quería ocupar; era como por una convención tacita.

Á medida que desfilaba la procesión, nuevos guardaños se introducían por los dos lados y hacían devotamente parte de ella. En fin aparecieron las últimas víctimas, las que, después de todo, desafiaban al tormento y á las llamas; ¡los muertos! (1).

(1) La inquisición hacía quemar los huesos de los que dejaba morir en los calabozos.

Á estos mismos, no se había querido dejar la paz del sepulcro. No pudiendo quemar la carne, se quemaban sus huesos y su efigie. Iban encerrados en cajas, y estatuas de carton, imágenes de los que no existían ya, eran llevadas al lugar del suplicio para ser entregadas á la hoguera. ¡La inquisición había ido á buscar víctimas al paraíso ó el infierno, para satisfacer su santa venganza!

Todo el tiempo que había durado el paso de los mártires, un profundo y religioso silencio había reinado en la multitud; ella seguía con vista ávida y tierna su marcha lenta y penosa. Era triste y horrible á la vez ver esos frailes impíos ó fanáticos, con un crucifijo en las manos y palabras de paz en sus labios, exortar á las víctimas de su barbarie, en nombre del que, en la cruz, perdonó á sus verdugos. ¡Oh! como en esos tiempos odiosos de fanatismo y de opresión religiosa, se cumplían esas proféticas palabras del Hombre Dios:

« Yo no he venido á traer la paz á la tierra, sino la espada »

Es que el divino reformador sabía todo lo que sus discípulos de todas edades tendrían que sufrir de los escribas y fariseos, raza impura que se perpetúa por la ampliación y no por la creación, y se esparce, como los gusanos del sepulcro, de los cadáveres. Bien pronto un grande ruido de caballos anunció la presencia de los inquisidores.

Los consejeros de la suprema, los inquisidores ordinarios, y los miembros del clero, formando una inmensa cabalgata venían detrás de los mártires. El grande inquisidor cerraba la marcha, escoltado por sus guardias de corps. José iba algunos pasos delante de él.

Á medida que desfilaba la cabalgata, algunos guardaños se escalonaron á los dos lados, siempre murmurando y rezando pasando lentamente las cuentas del rosario. En el momento en que pasó el grande inquisidor, *Manofina* seguido de su fiel *Culebrina*, se puso humildemente á marchar al lado de él rezando con más fervor que los otros. Algunos instantes después un ladrido prolongado se dejó oír, era la señal que debía advertir á *Mandamiento* que la procesión había acabado de salir. Entonces, el maestro, que era el objeto á que atendían los guardaños, hizo una grande señal de cruz y besó la medalla de su rosario.

Apenas había hecho esta seña convenida la víspera en el orden del día, los dos *guapos* que estaban inmediatos

al gobernador, separaron con violencia á los familiares que le llevaban, cogieron á Manuel Argoso en sus brazos de hierro, mientras los *chivatos* detenían á los familiares y se alejaron con la rapidez del rayo. La multitud se separó ella misma para favorecer su fuga; y los guarduños desaparecieron como por encanto por las calles tortuosas de Sevilla. Los religiosos que escoltaban al gobernador, así como los que habían visto la acción, asustados y temiendo una rebelión, tiraron los crucifijos y quisieron huir á su vez; pero la multitud se había cerrado al rededor de ellos, les fue imposible salir.

Los guarduños se habían prudentemente escurrido uno tras otro; el resto de ellos había continuado en rezar siguiendo la procesión. El grande inquisidor, muy lejano, no se había apercibido de nada.

Un nuevo ladrido se dejó oír á pocos pasos de *Manofina*. Al momento el *guapo*, con la rapidez de un chacal, saltó sobre la grupa del caballo en que iba el grande inquisidor, hirió á Pedro Arbues con su puñal en medio de la espalda, bajó con ligereza, se alejó con una rapidez tal que fué imposible ver quien había sido (1). La gente se había separado también para favorecer la huida del *guapo*; pero en el momento en que *Manofina* se había bajado del caballo, la *serena*, apoderándose vivamente del brazo de un esbirro del santo oficio, se puso á gritar: ¡Este, este es el asesino! ha querido matar al señor grande inquisidor! y le tenía con toda fuerza con sus manos nerviosas para darle tiempo á *Manofina* para alejarse.

Este incidente había sido tan rápido, que apenas los que iban junto al inquisidor habían podido notarlos. José, solo, atento á todo lo que pasaba, frunció las cejas con un aire de descontento en el momento en que *Manofina* hirió al inquisidor. Pedro Arbues, herido de una suerte que necesariamente debía ser mortal, no había hecho el menor movimiento. Los inquisidores y clero se agolparon á su inmediación á los gritos de la *serena*; mas él, satisfecho y tranquilo, mirandoles con una sonrisa de triunfo:

— No es nada, dijo á los que le preguntaban, un impio ha querido matarme; pero Dios me protege, añadió con un tono hipócrita; el puñal no ha roto más que mi há-

(1) De esta manera era como los andaluces mataban á los coraceros franceses, durante la guerra de la independencia.

bito, y mostró en efecto una ligera rasgadura en su capisayo morado, que solo atestiguaba el atentato de *Manofina*. Á su vista un rayo de alegría brilló en los ojos de José.

— ¡Dios ha hecho un milagro en favor de su Eminencia! exclamaron algunos frailes.

Y el pueblo, ese pueblo sencillo, credulo, miró con veneración al que poco antes maldecía en su corazón, porque creyó era una intervención divina en favor de su verdugo. El pueblo ignoraba que Pedro Arbues llevaba una coraza (1) bajo sus ropas.

Sin embargo, los esbirros habían preso al compañero suyo que *Culebrina* había designado como asesino, y la amante de *Manofina* se mezcló entre la multitud de las otras mujeres que rezaban siguiendo la cabalgata. Nadie pensó en denunciarla, a pesar de que no la creían extraña á esta tentativa de asesinato en la persona sagrada del grande inquisidor de Sevilla; pues, la acción de *Manofina* había sido tan rápida, que nadie hubiera creído á lo que habían visto sus ojos, y muchos se decían á sí mismos: « el que esta mujer acusa, acaso es el culpable. » Todo esto fué muy rapido; el órden de la procesión no se alteró en lo más mínimo.

Solo, un familiar fué diputado á su Eminencia el grande inquisidor, para informarle de la desaparición del gobernador. Á esta noticia, Pedro Arbues arqueó las cejas, sin otra demostración.

— Está bien, dijo con frialdad, nada debe detener ni turbar esta augusta ceremonia. Marchemos, es preciso no hacer esperar á S. M. Después del auto de fé haremos diligencias y se perseguirán los culpables.

La procesión siguió su marcha, un momento interrumpida.

Durante este tiempo, un fraile dominico había salido con los demas del palacio de la inquisición; después, en lugar de seguir la procesión, se escurrió por entre la multitud y tomó la calle en que habitaba Juana. Llegado á la puerta de la casa morisca, abrió con una llave que llevaba en la mano, entró y cerró la puerta tras sí. Este fraile era Dolores, José había cumplido su palabra.

(1) Pedro Arbues es un personaje perfectamente historico del cual hablaremos estensamente á su tiempo: sus crueldades han hecho á veces sublevar el pueblo contra él. Temiendo ser asesinado, llevaba en efecto una cota de malla bajo la ropa, y una especie de casco de hierro bajo su solideo. (*Historia de la inquisición*, parte III, cap. XII).

XLI.

El auto de fé.

Durante la procesión salía del palacio del santo oficio, la plaza Mayor, en donde el auto de fé debía celebrarse, se llenaba poco á poco de gente. En la más ancha fachada de la plaza, delante del p^{al}acio ó mejor dicho, la casa ocupada por el rey y su servidumbre, que pertenecía al duque de Medinaceli, se habia elevado un cadalso de cincuenta piés de largo, cuya altura llegaba hasta el balcon real. Á la derecha de este cadalso, y en todo su largo, se levantaba un anfiteatro destinado á los consejeros de la suprema y á los otros consejos de España. Sobre estas gradas se veía el sillón destinado al grande inquisidor. Este sillón estaba mucho más alto que el balcon del rey. El inquisidor representaba el poder papal que es superior á todos los poderes terrestres. Un segundo anfiteatro, destinado á los condenados, estaba á la izquierda, frente al primero. En medio, en frente del balcon del rey, habia otro muy pequeño, en el cual se habian colocado dos jaulas en que cada condenado estaba encerrado durante se leía su sentencia. En frente de estas jaulas, estaban dos pulpitos. Debajo del primer anfiteatro un altar se habia colocado. Cerca del altar, estaba clavada una cruz verde cubierta de un crespon negro (1).

(1) La vispera del auto de fé, una procesión compuesta de carboneros, dominicos y familiares, partía de la iglesia de la inquisición y iba hasta la plaza en que al otro día debía hacerse la ceremonia; llegada allí, se aproximaba á un altar erigido para que los frailes pudiesen decir misas por el alma de los que iban á entregar á las llamas; y se colocaba, á la izquierda de este altar, una cruz verde con un crespon negro. « Esta cruz era un signo que indicaba á los transeúntes el luto de la iglesia por la pérdida de las almas heréticas obstinadas que iban á quemar. » Una vez puesta la cruz, la procesión, menos los dominicos, se retiraban. Los frailes pasaban la noche en la plaza, cantando y diciendo misas.

Los balcones destinados á los embajadores, á los grandes del reino, y los tablados para el pueblo, cubrían el resto de la plaza. Muchos dominicos arrodillados en el teatro, oraban con un humilde fervor; otros decían misas relevándose, de manera que el santo sacrificio se celebrase sin interrupción. Estos frailes estaban allí desde la vispera, ayunando y rezando por la salvación de sus víctimas (1). Entre los que obraban de buena fé, cuyo número era bien pequeño, ¿y qué nombre se dará á semejante fanatismo?

En el centro de la plaza, en un ancho y permanente cadalso de piedra, se podia contar quince hogueras formadas de leña resinosa, de materias oleosas y paja, para que la combustión fuese más rápida. Cada condenado tenia la suya; era el lecho ardiente en que debía terminarse su terrible agonía. Á los cuatro ángulos de este cadalso, cuatro grandes estatuas de yeso estaban colocadas como inmóviles centinelas. Al rededor de cada una de estas estatuas se habian elevado cuatro montones de leña muy inflamable. Estos aprestos de destrucción eran horribles. El lugar en que se elevaban las hogueras se llamaba el quemadero.

El emperador Carlos V ocupaba ya el balcon royal. El traje del rey era sencillo y severo, pero elegante; no diferia en nada del de los señores de su corte. Sin embargo se le reconocía facilmente por el color rubio de su barba, particularidad notable que distinguia al rey católico de España; hijo de la casa de Austria, y que le era comun con el último soberano de Granada, Boabdil, rey de la Alhambra, que vertió lágrimas tan amargas cuando,

(1) Algunos historiadores pretenden, y el señor Edgard Quinet es de este número, que los inquisidores eran más bien fanáticos que perversos. Este juicio hace el elogio del corazón de las personas que le han llevado; pero en cuanto á mi, que he nacido en España, y que he sabido aún apreciar los frailes y los inquisidores en su justo valor; para mi, que me he empapado en la historia de mi país y que he bebido en las antiguas crónicas que nadie lee ya, la piedad que afectaban los inquisidores por sus víctimas, y los cuidados que demostraban tomar por la salvación del alma de los que inmolaban á la ambición de los reyes y á la insaciable avaricia de Roma, no eran sino un calculo más inicuo, más cruel que sus mismas crueldades. Obrando así, los inquisidores deslumbraban al publico y le impedían tener piedad de los desgraciados que sacrificaban por millares. Los inquisidores y los frailes españoles han sido infames y crueles hipócritas, y de ninguna suerte fanáticos. Los fanáticos tienen generalmente costumbres puras: pues, que seme diga si han existido jamás seres en el mundo más relajados, más obscenos, más corrompidos que los inquisidores, los frailes de España y el clero romano!..

despojado de su reino y desterrado de Granada, se detuvo para dirigir una última mirada sobre su ciudad amada (*). Carlos V también amó a Granada; se ve todavía cerca de la Alhambra el magnífico palacio comenzado por el vencedor de Fez.

Un gran número de damas, ricamente adornadas, ocupaban el balcón real. Los tabladros destinados al pueblo se llenaban con rapidez. Después de la desaparición del gobernador, la gente, que no tenía ya ningún interés de curiosidad para permanecer al lado de la procesión, se había al momento dirigido al lugar en que podía esperar satisfacer su gusto natural por los espectáculos y las justicias: gusto depravado, común a todos los pueblos, y que la civilización sola, una civilización bien entendida, tendría el poder de hacer desaparecer, desenrollando en estas naturalezas, un poco salvajes los sentimientos morales a expensas de los instintos físicos. Al momento en que la procesión llegó a la plaza Mayor, Carlos V, á pesar de su deferencia por el santo oficio, fruncia ya las cejas con un aire de descontento. La increíble actividad de espíritu del emperador no se acomodaba á un retraso. En fin, respiró, la ceremonia iba á comenzar. Los carboneros se colocaron en el teatro á la izquierda del balcón real. Los consejeros de Estado ocuparon, según el orden gerárquico, las gradas que les estaban destinadas.

Durante este tiempo, los condenados dieron vuelta al cadalso, y pasaron por bajo del balcón del rey, fueron á sentarse en el anfiteatro á la izquierda. Los religiosos y los familiares que les acompañaban permanecieron á su lado, continuando en sostenerlos y exortarlos. El duque de Medinaceli se colocó, según su derecho, en el balcón real. Su yerno, el duque de Mondejar, miembro del consejo de Castilla, tomó asiento entre los consejeros. La hija del conde, Isabel, se sentó entre las damas colocadas cerca de S. M.; la actitud de esta joven era triste y abatida, aun a pesar profundo la devoraba.

En fin, el grande inquisidor subió á su vez la gradas

(*) El autor hace alusión á Boabdil el chico, último rey moro de Granada, en el momento en que este rey se detuvo en una colina en frente de la ciudad, y se puso á derramar lágrimas, acción que su madre le reprendió con estas palabras: « Lloro como una mujer, el bien que no has sabido defender como hombre! » El lugar en que lloró Boabdil se llama todavía hoy el último suspiro del moro. Desde este punto ha sido tomada la vista de la Alhambra y de Granada representada en esta obra.

que conducían á su trono, superior al consejo de la suprema, y se sentó con una triunfante humildad en el ancho sillón de gasa de oro que le había sido preparado, dominando así á los más grandes dignatarios del reino, y el rey mismo que tenía la bondad de sufrirlo.

Bien pronto un silencio profundo y tético reinó entre este gentío inmenso. Un sacerdote dominico, revestido con sus ornamentos sacerdotales, comenzó el sacrificio de la misa. Era un extraño espectáculo.

Frailes de todas órdenes, milicia innumerable, que formaba poco más ó menos la cuarta parte de la población, rezaban humildemente arrodillados; la gente, en este momento, bajo la influencia de un sentimiento indefinible, dominada de un terror supersticioso y de devoción fanática, la multitud bajaba la cabeza dándose golpes de pecho. Cada cual quería ante todo mostrarse celoso y devoto; ¡había tanto peligro en no parecerlo! La misa continuó así hasta el Evangelio. En este momento todo el mundo se levantó.

Un fraile dominico subió á uno de los púlpitos colocados á los dos lados de las jaulas de madera erigidas en medio del teatro. En el segundo se colocó el relator del santo oficio, ó lector de los juicios. Entonces, el grande inquisidor bajó de su sillón; legando al pié del anfiteatro, José, su limosnero, puso una mitra de oro en la cabeza de Pedro Arbues, y le revistió de una capa; luego el inquisidor se adelantó hasta el balcón del rey. Alguno acolitos le seguían llevando la cruz, un libro de evangelios y otro libro que contenía la fórmula del juramento que debía prestar el soberano. Pedro Arbues subió los primeros pasos del anfiteatro hasta el cuarto, de modo que estaba siempre más arriba que el monarca. Allí se detuvo y, con voz fuerte y sonora, dirigiéndose al emperador católico:

— Señor, dijo, V. M. jura proteger la fé católica romana, extirpar las erejías, y apoyar con su poder real los procedimientos de la inquisición?

El orgulloso emperador se puso en pié, descubrió su frente real ante la cual se descubrían todas las demás y respondió con voz firme y acentuada:

— ¡Lo juro!...

Entonces el grande inquisidor volviéndose hácia el pueblo, é interpellando colectivamente, exclamó de manera que pudiese ser oído en todos los extremos de la plaza:

— Vosotros todos, hijos de la iglesia romana, que estais aqui presentes, jurais, cada uno segun vuestra capacidad y vuestro poder, defender, proteger la fé católica, apostólica romana, perseguir y denunciar los heréticos y prestar vuestro auxilio á todos los actos de la inquisición?

— ¡Lo juramos! ¡lo juramos! respondieron en coro millares de personas.

Casi toda la población de Sevilla estaba reunida en la plaza, y sus inmediaciones.

— ¡Está bien! ¡está bien! dijo el inquisidor haciendo una señal con la mano, silencio ahora, y escuchad.

Pedro Arbues volvió á subir lentamente las gradas del anfiteatro y ocupó su asiento en el sillón.

El dominico que debia predicar hizo un gran señal de cruz, y comenzó así su sermón:

« Hermanos.

« *Inquisitio superior regibus*; la inquisición es superior á los reyes por que el poder del cielo es superior á los poderes de la tierra, la inquisición es la puerta del paraíso. El agua viva corre, y debemos todos regar nuestros corazones como tierras secas, á falta de que el Espíritu Santo nos habra la boca como á Balaam y Caifas. En efecto, hermanos, la inquisición es santa y superior á los reyes, *superior regibus*, porque remonta á la creación del mundo y al origen de la torre de Babel (1).

Á estas palabras, el emperador frunció las cejas y tuvo

mucho trabajo en contener la indignación que le causaba este burlesco sermón. Sin embargo, no dijo nada, no queriendo enemistarse con el santo oficio. Contaba en este momento bastantes enemigos entre los reformados, y no queria crearse nuevos entre los católicos. No era ya el tiempo en que respondia á las violencias del papa con mayores violencias todavía. Dejó pues al predicador continuar á su antojo esta singular apología de la inquisición, que duró cerca de veinte minutos: después de lo cual, terminada la misa, se comenzó la lectura de las sentencias.

Los dos primeros condenados que fueron encerrados en las jaulas de madera colocadas entre los dos pulpitos, eran Francisca de Lerma, antigua abadesa de las carmelitas, y el desgraciado Herrezuelo, que hemos visto ya figurar en la misma sesión inquisitorial que Francisca.

Herrezuelo, fuerte y valeroso hasta la muerte, rehusó constantemente las exortaciones del confesor que le habian dado, y cuando llegó al medio de la jaula en que debia oír su sentencia, el sacerdote le dirigió nuevas suplicas, el las rehusó con dulzura diciéndole con dolor:

— Os abandono el cuerpo, dejadme al menos el alma tranquila,

Luego oyó su condena sin inmutarse y volvió con resolución á su puesto. No fué así Francisca: esta pobre joven sintió debilitar su ánimo al frente del suplicio; y como era muy ignorante é incapaz de discernir lo falso y lo verdadero en una religión, las primeras impresiones de su juventud recobraron su superioridad, ó acaso esta naturaleza física, blanda ó sensual, sufría un espanto demasiado grande al suplicio atroz que se la destinaba. Llegada á la jaula de madera, y en el momento en que el relator pronunciaba estas palabras « quemada viva »:

— ¡No, no! viva no, exclamó la desgraciada abadesa; yo me arrepiento; quiero morir como buena cristiana.

— ¡Dios sea loado! dijo el grande inquisidor, alzando las manos; ¡he ahí una alma que se salva!

Sus entrañas no se conmovieron con la agonía de esta infeliz mujer que él habia perdido.

Dos nuevos condenados sucedieron á los primeros. Uno de ellos un bello y noble joven de Verona, Vastago, de una de las primeras familias de Italia, habia hecho eminentes servicios al emperador Carlo V; sabio y además muy rico, era enemigo de la inquisición. Se llamaba don Carlos de Seso.

(1) El sermón ó fragmento de sermón que el autor pone en boca de un dominico en este auto de fé, parecerá extraño á los lectores, tan burlesco é incoherente es. Sin embargo los frailes decian cosas más burlescas y más incoherentes todavía, en circunstancias muy solemnes en que la gravedad, la ciencia y sobre todo el buen sentido habrian debido ser de rigor. Así, en 1546, en la sesión de apertura del concilio de Trento, el obispo de Bitonto, para probar la necesidad de los concilios, alegaba que muchos concilios habian depuesto á los reyes y emperadores. « En la *Eneida*, decia su Grandeza, Jupiter ha reunido el concilio de dioses; en el momento de la creación del hombre y de la construcción de la torre de Babel, Dios se puso en forma de concilio ». De donde su Grandeza sacaba esta conclusión: « Que todos los prelados debian ir á Trento, como en el caballo de Troya ». En fin, á manera de peroración, su Grandeza añadió: « Que la puerta del concilio y la del paraíso era una sola y misma cosa; que el agua viva corria, y que los padres debian regar sus corazones como tierras secas, á falta de que el Espíritu Santo les abriese la boca como á Balaam y á Caifas ».

Este obispo de Bitonto, nombrado fray Cornelio Muso, era un fraile del Milanesado, cuya burlesca arenga, como se vé, no demostraba nada del renacimiento de las letras. (MAYER, *Histoire de la Réformation*)

Al pasar por delante del balcon real, don Carlos dirigió al emperador una mirada, en que la reconvención se mezclaba con una profunda piedad. Esta mirada parecía decir:

— Ese sin embargo, es al que llaman grande!...

Cuando estuvo arrodillado en la jaula, pidió tinta y papel para escribir su confesión. Se apresuraron á satisfacerle. Un sargento de la inquisición (1) le trajo lo que deseaba. Después de haber escrito, don Carlos leyó en alta voz, pero con gran disgusto de los inquisidores; esta confesión estaba calcada en la célebre confesión de Augsburgo (2).

— ¡Basta! ¡basta! exclamó el inquisidor para obligar al valeroso reformista á callar; pero don Carlos prosiguió con voz inteligible:

— Yo declaro que quiero morir en la religión de Lutero, que es la verdadera fé del Evangelio, y no en la religión romana, doctrina corrompida que el clero católico ha acomodado á sus vicios?...

— Que le pongan una mordaza á ese hombre, dijo Pedro Arbues: escandaliza á la iglesia de Jesucristo.

Obedecieron, y don Carlos de Sesó, forzado á callar, oyó su sentencia sin palidecer. Durante este tiempo, en la jaula que tocaba á la suya, Francisco Domingo de Boxas, ese viejo sacerdote dominico que habia mostrado tanto ánimo en la audiencia en que le hemos visto, Domingo de Boxas guardaba un silencio obstinado y rehusaba responder al religioso que le exortaba.

Cuando hubo llegado el momento de leerle su sentencia, la escuchó hasta el fin sin decir nada, sin demostrar ningún temor de la muerte; pero al bajar del cadalso, se volvió hácia el rey gritando:

— Yo muero por defender la verdadera fé del Evangelio, que es la de Lutero.

Mientras que don Carlos de Sesó y Domingo de Boxas bajaban del tablado para ir al quemadero, los atormentadores, armados de grande clavos y un martillo, se acercaron á una gran cruz de madera que estaba en el cadalso, apoyada en los bancos toscos. En este momento,

(1) Así llamaban á los jefes de los atormentadores.

(2) La confesión de Augsburgo es una profesión de fé que los protestantes de Alemania hicieron en la dieta de Augsburgo, que tuvo lugar en 15 de junio de 1530. Esta confesión fué redacta por Melancthon, contemporaneo y discípulo de Lutero.

se condujo ante esta cruz diez heréticos judaizantes condenados á las llamas. Estos desgraciados pusieron cada uno una mano en la cruz, y esta mano fué cruelmente clavada, en espiación, decían los inquisidores, de la crucifixión de Jesús (1). Cuando el clavo penetró en la carne, los desgraciados dieron horribles gritos, pero los atormentadores no tubieron piedad; continuaron clavando con la mayor sangre fria. En este estado las pobres víctimas oyeron su sentencia. No se les sacó sino para llevarles á morir.

Vinieron en seguida un sacerdote y su criado, luego dos religiosas (2) condenados al fuego y á la estrangulación; despues en fin llegaron los que eran condenados á galeras, á la prisión perpetua ó solo á los azotes. Entre estos se hallaba Guillermo Franco, ese desgraciado marido, condenado á una prisión perpetua por no haber querido sufrir en su casa un sacerdote que habia seducido á su mujer. Durante se leia la sentencia de estos últimos, los condenados á la hoguera, habian vuelto á sus puestos.

La multitud redobló la atención y recojimiento. El rey Carlos V permanecía triste y meditabundo; un gran pensamiento parecia ocupar en este momento su espíritu profundo, este audaz genio que no tenia acaso más que una falta, la de someter demasiado los hombres y las cosas á su interés particular; el exceso de su despotismo y de su ambición le hizo constantemente esclavo. Nacido con un juicio recto, vasto y justo, Carlos V se sometió casi constantemente á las exigencias de Roma, por que creia el concurso de Roma necesario al sosten de su poder. Error muy grave de los reyes, que en todo tiempo les ha perdido.

(1) El auto de fé que se celebró en Valladolid en 1636, los inquisidores ofrecieron á Felipe IV, que asistió á el con toda su familia, un nuevo genere de suplicio desconocido hasta entonces. Este suplicio, al cual los verdugos de Roma sometieron diez infelices israelitas, consistia en clavarles una mano en una grande cruz de san Andrés y tenerles en esta posición durante la lectura de la sentencia que les condenaba.

(2) La inquisición no perseguía solo á los seculares. Todo eclesiástico que no secundaba sus actos de iniquidad, ó que se negaba á propagar las doctrinas inquisitoriales, doctrinas que tendian todas á embrutecer la especie humana y á despojar á los pueblos en provecho de Roma, todo eclesiástico honrado, en una palabra, llegaba á ser por este solo hecho el objeto de las persecuciones del santo oficio. La inquisición ha hecho quemar vivos centenares de sacerdotes y religiosas. Se puede cualquiera convencer de la verdad de nuestro aserto leyendo todo lo que se ha escrito sobre la inquisición.

El espectáculo terrible de un grande auto de fé al cual Carlos V asistía por la primera vez, le hacía en este momento adivinar una grande parte de los abominables abusos de la inquisición, sobre los cuales se le había tantas veces engañado (*). Acaso en este momentos germinaba en su alma el proyecto que el ejecutó un año después de quitar al santo oficio la jurisdicción real, y desterrar al inquisidor general de Castilla, Alfonso Manrique (**).

Algunos pretenden que este grande rey se inclinó, en los últimos días de su vida, á las doctrinas reformadas que había tan vivamente combatido, y que después de su muerte se halló en la celda del fraile de San Justo una multitud de inscripciones que todas demostraban una tendencia muy pronunciada á la religión luterana.

En fin el promotor había acabado la lectura de las sentencias. El sacerdote continuó la misa. Desde que fué acabada, Pedro Arbues se levantó de su asiento, y pronunció muy alto la absolución de los que se habían arrependido (**).

Durante este tiempo, todos los que habían sido condenados á ligeras penitencias volvían á la prisión del santo oficio escoltados por los archeros de la Santa Hermandad: estos no debían sufrir su castigo hasta el día siguiente ó algunos días después.

Sin embargo, las desgraciadas víctimas condenadas al fuego, habían llegado al lugar del suplicio. Pedro Arbues, siempre fiero y altivo bajo su humildad sacerdotal, tenía más bien aire de rey que el rey mismo. El gozaba

(*) Adrian Florencio, de quien hemos ya hablado y después de el Alfonso Manrique, han extraordinariamente abusado de Carlos V. por lo tocante á la inquisición; al fin, es de presumir que todos los inquisidores han engañado á los reyes por lo que respecta á esto; de otra manera ¿como calificar los soberanos que dejaban diezmar así la España, la Italia, Portugal, la India y todas las Americas, y que, lejos de oponerse, como podían, ayudaban al santo oficio con todo su poder! Neron hubiera sido un rey benéfico, comparado con estos soberanos católicos.

(**) Alfonso Manrique fué desterrado en 1535 por Carlos V, que no quiso perdonar al grande inquisidor la prisión de Vinies, predicador favorito del emperador.

(***) La absolución. En el auto de fé el inquisidor general de la provincia en que el auto se celebraba pronunciaba la absolución de todos los condenados que, habiendo confesado, habían entrado en el seno de la iglesia; pero esta absolución no traía el perdón: no servía más que para lavar la excomunión que hería á toda persona herética ó acusada de herejía, y abrir las puertas del cielo á los que morían como buenos católicos, es decir á los que se estrangulaban antes de entregarse al fuego.

en este momento de un doble triunfo de vanidad y de crueldad. No obstante, la desaparición del gobernador de Sevilla le preocupaba desagradablemente. Su venganza le escapaba en el momento de ir á ser satisfecha. El feroz dominico soñaba ya nuevos suplicios para la animosa joven que le había resistido. Toda su cólera recaía sobre Dolores. El insensato ignoraba que en este momento mismo su presa acababa de escaparse'e.

José examinaba con atención esa fisonomía en la cual estaba acostumbrado á leer hácia largo tiempo. José, sombrío y desdenoso, ocultaba, bajo una impasibilidad completa, los latidos prolongados de su corazón; pero, quien hubiese considerado atentamente su noble rostro, habria facilmente visto brillar en sus grandes ojos llenos de fuego la fiebre interior que le devoraba. Actor en un largo y terrible drama, marchaba á grandes pasos hácia el desenlace, y á la proximad de este momento supremo, su cara, ya tan bella y tan extraordinaria, se impregnaba de alguna cosa trágica, fatal é inspirada. Los ojos del joven dominico seguían con una increíble atención todos los incidentes del auto de fé. En el momento en que las víctimas subían juntos al quemadero, una especie de sollozo convulsivo elevó el pecho del favorito; sus ojos, antes tan brillantes, se cubrieron de una nube, y José se arrodilló encubriendo su rostro con las manos para ocultar una lágrima involuntaria bajo la apariencia de un acto piadoso.

El rey dejó entonces el balcon real. Cuando entraba en sus habitaciones, la hija del duque de Mondejar se echó á los pies de Carlos V, y toda bañada en lágrimas, elevó hácia el sus manos suplicantes.

— ¿Qué me quereis, hija mia? preguntó el rey sorprendido.

— ¡Perdon! señor, perdon para mi futuro esposo que está en las cárceles del santo oficio.

— Hija mia, dijo el rey, enternecido de este dolor tan verdadero, bien corto es mi poder para la muy santa inquisición; yo creo que el mejor intercesor que puedes tener en ese negocio es tu abuelo el duque de Medinaceli, que está aqui.

— Señor, respondió el anciano duque, el que debía ser mi yerno ha deshonrado su título de caballero, de noble y de cristiano; el santo oficio ha procedido contra él, y don Carlos se hizo justicia á sí mismo escapando por

la muerte á la infamia del suplicio; se ha estrellado la cabeza contra las paredes de su calabozo (*).

Á esta cruel replica del gran porta estandarte, Carlos V no pudo reprimir una exclamación de horror y de piedad; la desgraciada joven habia caído con la cara contra el suelo privada de sentido. Medinaceli hizo una seña, y dos mujeres llevaron á la infeliz Isabel. El rey se alejó en silencio con un aire profundamente afectado. Las ejecuciones iban á comenzar. Todo los ojos estaban vueltos hácia el quemadero. Era un espectáculo terrible y lleno de emociones aterradoras.

Cada uno de los condenados estaba arrodillado al pié de la hoguera que debia devorarlo. Los frailes, con un crucifijo en las manos, rezaban y exortaban á las víctimas con una persistencia extraña. Nadie se habia todavía confesado. Los diez heréticos judaizantes subieron los primeros á la hoguera. Cuatro de ellos fueron encerrados en las estatuas (*), los seis restantes se dejaron atar con una grande cuerda; la tenacidad natural de la nación judia, unida á su decisión inviolable por la fé de sus padres, les inspiraba en este momento supremo el heroísmo de los mártires.

Bien pronto un humo espeso y negro se levantó al rededor de estas diez víctimas; los verdugos, armados de una acha, acababan de ponerles fuego.

Á la vista de las llamas que comenzaban á elevarse, las

(*) Hémos dicho ya que una de esas mujeres llamadas beatas se habia suicidado en los calabozos de la inquisición, cortándose el pescuezo con unas tijeras. Este suicidio no es el único que ha sucedido en las cárceles de la inquisición. Muchos desgraciados, por escapar á la infamia del san Benito ó á los tormentos, se rompian el craneo contra las paredes; otros se asfixiaban aspirando los gases moféticos que exalaban los vasos llenos de excrementos que habia en cada calabozo y que no se limpiaban sino de ocho en ocho dias.

En 1819, seis acusados se hallaban en uno de los calabozos de la inquisición en Valencia. Un guarda, enviado para probar á uno de ellos, es decir para ver de obtener una revelación, le dijo entre otras cosas que si no declaraba sus complicés, iba á sufrir el tormento. El acusado no confesó nada: más al otro dia, los seis presos estaban muertos: se habian estrangulado los unos á los otros, y el último se habia asfixiado usando del medio de que hémos hablado. Los seis eran acusados de francmasonería.

(3) En las estatuas. He aquí lo que dice Llorente: « La gran cantidad de condenados que se hacian morir por el fuego fue causa que el corregidor de Sevilla se viese en la necesidad de hacer construir fuera de la ciudad, un cadalso permanente de piedra, en el cual se erigieron cuatro grandes estatuas de yeso; estas estatuas estaban huecas por dentro; en ellas se encerraban vivos los nuevos cristianos relapsos, para hacerles perecer lentamente, en medio de una horrible combustión » ¡Este cadalso, llamado quemadero, existia todavía en 1823!

dos religiosas, condenadas á morir como luteranas, se volvieron con angustia á su confesor.

— ¡Padre mio! ¡padre mio! exclamaron, confesadme, quiero morir convertida.

El religioso se arrodilló junto á ellas, oyó esta confesión forzada, arrancada por el miedo y la violencia; luego pronunció la palabra de paz sobre la cabeza de estas dos víctimas, de las cuales la de más edad tenia veinte años. Los atormentadores las condujeron entonces junto á Francisca de Lerma que debia también ser estrangulada.

La abadesa de las carmelitas tenia una palidez cardena; su tez, antes tan blanca y pura, era manchada de puntos azulados, y sus grandes ojos azules, tan altivos y tan hermosos, habian perdido esa brillantez metálica que les hacía parecer dos magníficos safiros. Las otras dos víctimas que debian morir con ella estaban ya pálidas y heladas, y un temblor convulsivo agitaba sus miembros; la agonía habia comenzado, el verdugo tenia bien poco que hacer.

Dos atormentadores se acercaron á ellas, las sentaron en el garrote, las ataron, aplicaron el collarin á su cuello blanco y delgado... luego el verdugo dió vueltas con violencia al tornillo colocado detras del garrote...

Las ajusticiadas inclinaron la cabeza adelante con una convulsión general; sus ojos se pusieron cristalinos, su cara se puso encendida, amoratada, luego lívida... se oyó un ligero ronquido... y todo fué hecho; ellas habian dejado de sufrir. La agonía de Francisca fué más larga. En el momento en que el verdugo le ponía el collarin al cuello, la abadesa, recobrando una grande energía, tendió los brazos hácia el anfiteatro, sus ojos amortiguados, reanimados un instante, brillaron con furor y exclamó mirando al grande inquisidor:

— ¡Sacerdotes indigno! seas maldito...

La última sílaba de esta palabra se perdió en el último aliento de Francisca. El verdugo habia tan fuertemente vuelto el tornillo, que la víctima espiró al momento. No lejos de la hoguera que consumia los restos de las tres religiosas, don Carlos de Seso y el animoso Herrezuelo rechazaban con invencible resolución las instancias de sus confesores. Don Carlos, ya ligado al fatal poste, habia sido puesto libre de su mordaza. El sacerdote arrodillandose entonces delante de él en la hoguera misma, presentándole el crucifijo, le dijo muchas veces:

— Hijo mio, confesaos para absolveros.

— Dejadme en paz, respondió don Carlos.

Luego volviéndose á los atormentadores, les dijo con una voz serena:

— ¡Poned fuego! ¡poned fuego! (1)

Los verdugos obedecieron, y don Carlos desapareció entre torrentes de humo. A pocos pasos de él se agarraba á Domingo de Boxas, y otros dos sacerdotes que, al ir á ser quemados, les habia faltado el valor y acababan de confesarse. Al ver la debilidad de Domingo que habia así como él, abrazado la doctrina de Lutero, don Carlos ya medio sofocado por las llamas, hizo una manifestación de menosprecio como para decirle:

— Eres un cobarde, es preciso tener el valor de la convicción.

En este momento, el criado de uno de los sacerdotes, atado al poste y atacado ya por las llamas que habian ya quemado las cuerdas con que estaba atado, se escapó de la hoguera; mas viendo en el cadalso á su amo que acababan de agorrotar, y á don Carlos que se dejaba tranquilamente quemar, subió otra vez con valor á la hoguera, gritando á los verdugos con todas sus fuerzas:

— ¡Leña! ¡leña! poned más leña; quiero morir como don Carlos de Sesó.

Herrezuelo subió en este momento á la hoguera. En vano el religioso le exortaba á convertirse; Herrezuelo, animoso y alegre, no respondió sino con un amargo sarcasmo; ya las llamas comenzaban á quemarle; pero parecia ser insensible, y su rostro no demostraba en nada sus atroces dolores. Uno de los archeros que rodeaban

(1) Según Llorente, don Carlos de Sesó era un noble de Verona, hijo del obispo de Plasencia, en Italia. Vastago de una de las primeras familias del país, don Carlos era, según el historiador, un hombre habil y sabio; habia hecho grandes servicios á Carlos V. Fué preso en Logroño y conducido á las prisiones secretas de la inquisición de Valladolid, en donde, un año despues, se le advirtió se preparase á morir.

Don Carlos, sabiendo que iba á morir, pidió papel y tinta, y escribió su confesión enteramente luterana. Sostenia en ella la doctrina de Lutero, y no la que enseñaba la iglesia católica, como verdadera fé del Evangelio. Los frailes exhortaron en vano á don Carlos durante toda la noche que precedió al auto de fé, se le puso una mordaza, luego mientras iba al lugar del suplicio, á fin de que no pudiese predicar su doctrina; la mordaza le fué quitada cuando estaba atado al poste de la hoguera, y los frailes volvieron á comenzar sus exortaciones para que se confesase; pero lejos de ceder á las suplicas de los frailes, pedía á gritos que encendiese la hoguera que debia consumirle. Don Carlos fué quemado en Valladolid en el mes de octubre de 1559, bajo el reinado de Felipe II.

la hoguera, irritado de tanto valor, dió una lanzada al licenciado. La sangre salió á torrentes de esta grande herida, y el noble Herrezuelo espiró con una serenidad heroica (1).

Algunos, reconciliados y condenados á llevar perpetuamente el san Benito de tela con la cruz de san Andrés, tomaban tristemente el camino de su morada: muertos más bien civilmente, cadáveres vivos destinados á alimentar el terror que inspiraba el santo oficio, ¡testimonio mudo de su abominable despotismo! Largas columnas de llamas se elevaron entonces hacia el cielo rodeadas de torrentes de humo espeso y nauseabundo. El olor fétido de los cadáveres quemados se mezclaba con el sudor resinoso de la leña de pino ó de alerce que servia para alimentar las hogueras. Los sacerdotes y los frailes, arrodillados sobre la plaza, oraban en voz baja dandose golpes de pecho, y el pueblo arrodillado como ellos, permanecia sumiso bajo una impresión profunda de terror y de piedad.

Por momentos, gritos horribles y prolongados, ester-

(1) El licenciado don Antonio Herrezuelo, abogado de la ciudad de Toro en Castilla la Vieja, fue condenado como luterano, y murió en la hoguera sin mostrar el menor arrepentimiento. Mientras le conducian al suplicio, el doctor Cazalla, ope con denado, le dirigió en partiticular algunas exortaciones que redoblo al pié del cadalso, pero fué bese visto atado al poste, en medio de los discursos del doctor, aun despues de haber ardido. Uno de los archeros de la inquisición, furioso de ver tanto valor, hirió á Herrezuelo con su lanza, la sangre corria todavia cuando fue dominado por las llamas. (Historia de la inquisición). Don Antonio Herrezuelo murió, sin preferir una sola queja, en el auto de fé que se celebró en Valladolid en 1559, á vista del príncipe don Carlos y de la princesa Juana. Un número considerable de grandes de España, personas de todas condiciones y damas de alta clase, ocupaban los primeros asientos en toda la brillantez del lujo, durante esta horrible ceremonia, añade el mismo historiador. « En este auto de fé perecieron el doctor Agustín Cazalla de Vivero, sacerdote y canónigo de S. Lamanca, limosnero y predicador de Carlos V, hermano del precedente, cura del lugar de Hormigo, quemado vivo. dantes, estrangulada antes de ser quemada Alfonso Perez, sacerdote de Palencia, doctor en teología, y agorrotado antes de ser quemado; y otras nueve personas entre las cuales ninguna habia virir como buenos católicos. Pero la inquisición queria mejor suponer que su arrepentimiento tenia por causa el temor de la muerte. Además de las vicimas condenadas á la hoguera, hubo muchas que fueron reconciliadas, es decir, condenadas á perder sus bienes y liberad. lo menos que imponia la inquisición. Entre e tos últimos Vivero y Cazalla, condenado como herético, á llevar el san Benito perpetuamente, y doña Costanza Vivero y Cazalla, condenada á la misma pena. ¡Esta dejó catorce hijos huérfanos!

tores, suspiros lastimeros, salían de en medio de estas siniestras hecatombes; del seno de las estatuas abrasadoras en donde estaban encerrados los infelices judíos, se oían de tiempo en tiempo gritos sordos, desgarradores.... alguna cosa como los de la agonía que se elevasen de las entrañas del infierno.... estribillo lúgubre de este inmenso concierto de agonía.

¡Un silencio de muerte reinaba en el pueblo!... De cuando en cuando, la voz severa de los sacerdotes, dominando estos ruidos diversos, hacía oír un versículo del *de profundis* ó del *miserere*; salmodía lugubre que se unía como una espantosa parodia con los lamentos humanos, los estertores de la muerte, y el terrible chasquido de las llamas.

Luego, poco á poco, las llamas se apagaron, los suspiros, los lamentos y los gritos fueron más débiles y más raros, ¡y el pueblo se marchó lentamente de la plaza!... los grandes cuerpos del Estado se alejaron. Todo se había acabado.... La noche sobrevenia. El clero y los frailes habían quedado los últimos. Entonces, de lo alto de su trono más que real, Pedro Arbues pudo contemplar el quemadero, que, en este momento, parecia un inmenso brasero sembrado de manchas negras.

Grandes nubes de humo se cruzaban en el aire semejantes á las gruesas nubes sombrías. En medio de las hogueras, algunas ramás de alerce que acababan de consumirse, echaban todavía pálidos resplandores en esta profunda oscuridad. Pedro Arbues contempló con infernales delicias esta vasta arena de destrucción.... Rey de la muerte, dominaba en la nada. Luego murmuló, levantando los ojos al cielo, esas palabras terribles del salmista:

« Que Dios se levante y sus enemigos sean dispersados. Y los que le aborrezcan huirán ante él. Tales echarán como el humo lo es por el viento, como la cera se derrite en el fuego. Así los malos perecerán ante Dios. »

Y el alma tranquila, el inquisidor y el clero, se alejaron del teatro de sus crímenes. Así terminó esta memorable jornada.

XLII.

Un mártir.

Cuando los dos *guapos* hubieron arrebatado al gobernador, se habían rápidamente introducido en las intrincadas vueltas de las calles de Sevilla, las más estrechas y más tortuosas del mundo. El pueblo se había también prestado á su fuga; antes que hubiesen podido ser alcanzados por los esbirros de la Santa Hermandad, habían llegado á la puerta de Juana. Esta puerta se había abierto ante ellos como por sí misma, y los *guapos* y el gobernador desaparecieron: nadie había podido seguirlos ni ver el lugar en que se refugiaban; y luego, un día de auto de fé, había bastante que hacer sin ponerse á su seguimiento. Estévan, Dolores y Juana esperaban el resultado de este suceso; Juana fué la que, viendo llegar á los dos *guapos* cargados con su preciosa carga, les había abierto la puerta. Los había observado por la abertura de la pared de su casa que daba á la calle, esa especie de tragaluz, cerrado con una piedra por donde Dolores había sido vista por Pedro Arbues el día en que se había anunciado á los habitantes de Sevilla el auto de fé que se celebraba entonces.

Los *guapos* colocaron, con desconocidas precauciones, al padre de Dolores en un ancho sillón que adornaba la sala. Manuel Argoso no daba ya señales de vida. Sus brazos y manos colgaban inertes á lo largo de su cuerpo casi helado; sus ojos estaban enteramente cerrados, su cara sin color, y sus miembros quebrantados en muchos lugares, estaban cubiertos de llagas sangrientas y cicatrices medio cerradas. Su frente, antes cubierta de espeso pelo negro, se había vuelto casi enteramente calva,